LA SABIDURÍA DE
ATENEA



GREDOS

LA SABIDURÍA DE
ATENEA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8888-2
Depósito legal: B 9215-2017

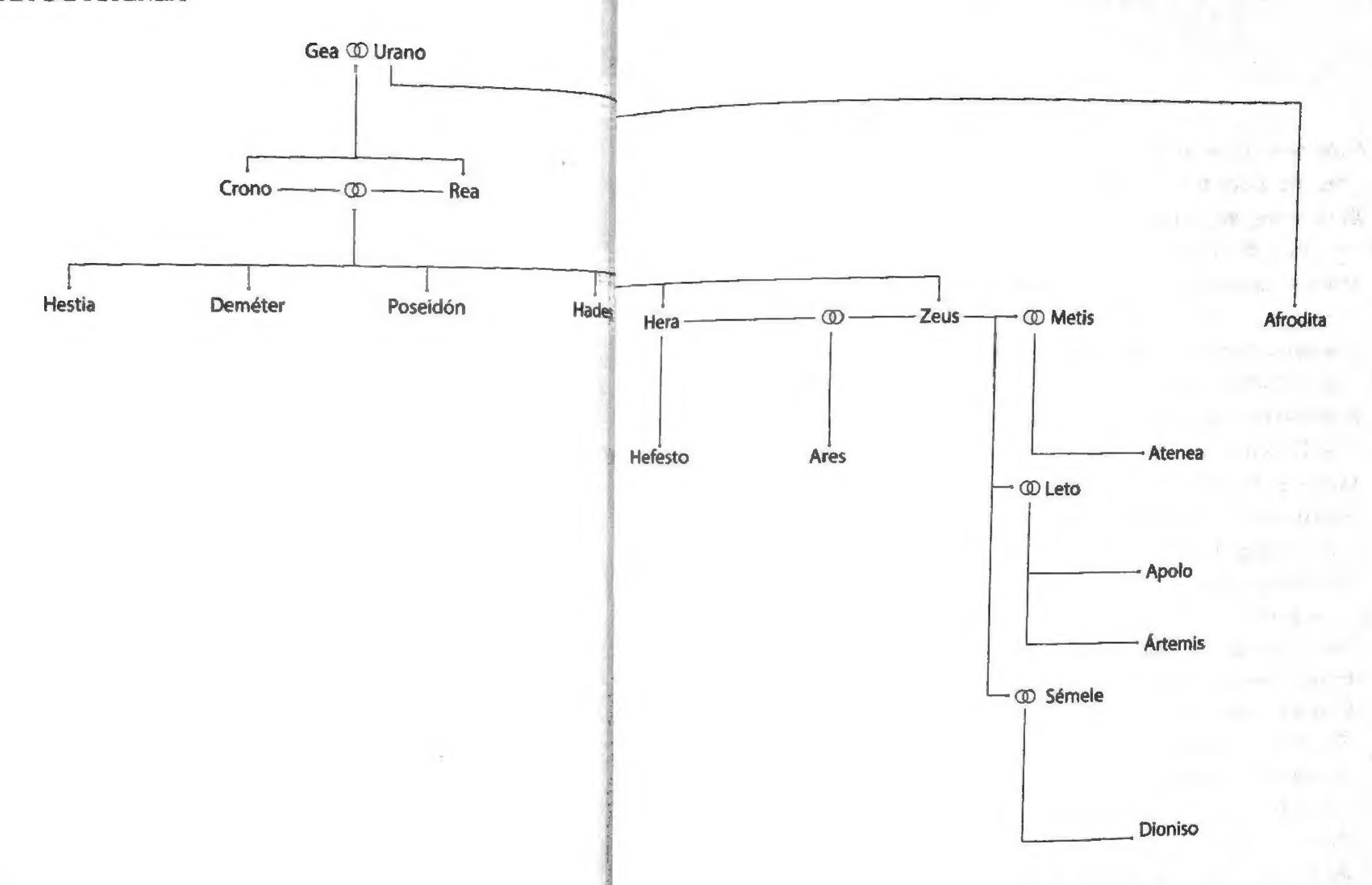
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Comienzo por cantar a Palas Atenea, la gloriosa
deidad de ojos de lechuza, la muy sagaz, dotada
de corazón implacable, virgen venerable, protectora de
ciudadelas, la ardida Tritogenia. A ella la engendró
por sí solo el prudente Zeus de su augusta cabeza,
provista de belicoso armamento de radiante oro.*

Himnos homéricos, XXVIII

Genealogía de Atenea



Los inmortales

Atenea – diosa de la técnica, las artes y la sabiduría, hija de Zeus y de la oceánide Metis.
Zeus – soberano de los dioses olímpicos, hijo de Crono y padre de Atenea.
Temis – titánide de la sabiduría, hija de Gea y consejera de Zeus.
Crono – padre de Zeus, a quien este mantiene cautivo en el Tártaro.
Poseidón – dios de las aguas, hermano de Zeus y padre de Tritón.
Gea – la Madre Tierra y madre de Crono y Temis.
Metis – astuta océanide madre de Atenea, capaz de adoptar formas diversas.
Hefesto – dios del fuego y la forja, hijo tullido de Hera y esposo de Afrodita.
Isis – mensajera de Zeus.
Hera – esposa de Zeus, madre de Hefesto y de Ares.
Helios – dios del Sol, hijo del titán Hiperión.
Tritón – dios fluvial, hijo de Poseidón y padre de Palas.
Afrodita – diosa de la belleza y el amor, esposa de Hefesto y amante de Ares.
Ares – dios de la guerra y amante de Afrodita.
Ártemis – diosa de la caza y hermana de Apolo.

Apolo – dios oracular y protector de Orestes.
Cariclo – ninfa madre de Tiresias, compañera predilecta de Atenea.
Erinias – deidades vengadoras que persiguen a Orestes para castigar su crimen.

Los mortales

Palas – hija de Tritón y compañera de juegos de Atenea en sus primeros años.
Cécrope – prudente soberano de Acte, la futura Atenas.
Aglauro – esposa de Cécrope.
Erictonio – nacido de Gea y Hefesto, protegido de Atenea.
Medusa – sacerdotisa de Atenea de incomparable cabellera.
Tiresias – hijo de Cariclo, pastor a quien Atenea concede el don de la profecía.
Ulises – héroe griego de la guerra de Troya a quien Atenea favorece por su astucia.
Orestes – matricida perseguido por las erinias.

1

El parto de Zeus

Bajo el sol del mediodía, el mar se hacía añicos iridiscentes, despedazándose una y otra vez contra la roca. A cada empellón del azul inmenso, la tierra firme respondía renovando, purificada, su obstinada inmovilidad. Abriéndose paso entre la luz y la espuma, dos figuras de proporciones sublimes remontaron a la carrera el promontorio calizo, en dirección a la zona arenosa de la orilla. Una vez allí, la primera de ellas, más menuda y grácil, se dejó caer sobre la playa con una risa musical y cristalina. La segunda, de porte magnífico y viril, hizo lo propio al cesar su persecución y tumbarse junto a aquella, soltando una carcajada marmórea que ensordeció por un instante el fragor del oleaje y pareció sacudir la costa entera.

Se volvieron entonces, mirándose con fiera intensidad mientras recuperaban el resuello, sonriéndose al jadear. Ella hundió su mano en la barba ensortijada y él le rodeó la cintura con su brazo formidable para acercar su cuerpo al suyo. Un instante,

no más, dejaron de posar sus ojos en los del otro para mirar sus bocas y sentir su aliento, pero al ir a estrecharla contra sí, el joven dios abrazó con fuerza tan solo una columna de espuma que se deshizo entre sus brazos, empapándolo. La misma risa argentina volvió a oírse, perdiéndose de nuevo entre las rocas, mientras él se incorporaba y reanudaba su carrera. Aún repiqueteaba el gorjeo jovial de la oceánide en la entrada de una gruta cuando el soberano celeste llegó hasta ella. Proyectados a contraluz, su cuerpo y su sombra alargada temblaban de deseo.

—¡Metis! —gritó Zeus. Su llamada se espejó multiplicada contra las paredes en penumbra—. Esta vez no…

Avanzó hacia el interior y, al hundirse en un pozo hasta la cintura, apoyó su mano contra la roca. La retiró al instante al sentir un tacto terso y delicuescente. Volvió la cabeza y vio una estrella de mar de dimensiones extraordinarias adherida a la pared de la gruta. Esbozando una sonrisa, volvió a posar su mano sobre ella y recorrió su superficie lentamente. Entonces la asteroidea pareció palpitar, y su delicado tono rojizo se tornó de un carmesí furibundo. Sirviéndose de ambas manos, Zeus tiró de dos de los brazos de la estrella para despegarlos y al momento siguiente se vio sosteniendo en los suyos los de Metis, quien, recobrada su forma humana, reía, girando en el aire en torno a él, haciéndolo reír y dar vueltas a él también.

—¿Cómo te atreves a burlarte así de mí? —le dijo, asiéndola con fuerza—. ¿No ves que es inútil?

—¿Acaso crees que no conozco yo también tus divinas artimañas y con cuánto celo debo guardarme de ellas? —respondió ella, fingiéndose beligerante—. ¿Y no es mayor tu osadía por atreverte a cortejarme así en presencia de mi padre, Océano? —Bastó el segundo de perplejidad que el malicioso

comentario instigó en él para que Zeus asiera de nuevo en vano el aire mientras un cangrejo bermellón recorría el tramo de muslo que su túnica dejaba al descubierto y, después de propinarle un pellizco, se hundiera en el agua. Poco tardaron las diminutas huellas del crustáceo en volverse pisadas humanas, fuera de la cueva, sobre la arena ardiente.

Y así la estentórea risa de mármol volvió a perseguir a la risa de cristal hasta darle caza de nuevo y fundirse con ella en el umbral del bosque que llegaba hasta la costa.

—No huyas, esta vez no —repitió él, su ancho pecho sobre el de ella, acercando sus labios a los suyos.

—No, esta vez, no —murmuró ella, aferrándose a su nuca y cerrando los ojos en el momento en el que rompía la pleamar y el sol alcanzaba su cénit.

◇◇◇

Tan solo el quedo rumor de la seda se escuchaba en la morada olímpica mientras su soberano avanzaba de salón en salón y de estancia en estancia. Aquellos aposentos de proporciones ciclópeas, pues ciclópeas eran las manos que los habían alzado, se adecuaban con singular complicidad al ritmo y la amplitud de los pasos de su regio inquilino, ofreciendo siempre a su mirada ávida y penetrante espacios vastos en los que complacerse vagando sin nada que le opusiera resistencia. Atravesando un arco, Zeus salió al exterior, a una vasta terraza natural elevada y rematada por una balaustrada de blanco mármol que se confundía con la nieve. Al contacto con su piel y sus pulmones, el aire frío le resultó grato y vigorizador. A un gesto suyo, casi imperceptible, los jirones nubosos que se apelmazaban junto a la cima, como queriendo

rendirle pleitesía, se abrieron prestos a su frente y se disolvieron como espuma. La tierra toda ofreció entonces su faz desnuda al gran vigía. Zeus la contempló absorto largo tiempo.

Eran muchos ya los trabajos y los días transcurridos desde el final de la cruenta guerra que los olímpicos libraran contra los titanes, y si bien las heridas del brutal enfrentamiento aún eran visibles en algunos puntos de su geografía, un nuevo orden comenzaba a erigirse con esfuerzo. Los rebeldes penaban junto a Crono, su propio padre, prisioneros en el abisal Tártaro, y una nueva raza de mortales poblaba un mundo todavía joven y preñado de potencia, a pesar de sus recientes fracturas. Los hermanos de Zeus, Poseidón, portador del áureo tridente, y Hades, portador del casco que otorga la invisibilidad, reinaban respectivamente sobre las aguas y el inframundo, pero nada ni nadie osaba disputarle el poder supremo a él, dios del cielo y del trueno, señor del rayo que gobernaba como un padre sobre dioses y hombres. Constató estos hechos uno a uno en su divina mente y sonrío satisfecho. Las cosas marchaban bien. Y tan solo una leve inquietud lo había visitado en alguna de las pocas noches desocupadas de los últimos meses, cuando las fatigas propias de la creación, y otras fatigas más placenteras, no le habían impedido recordar a la enigmática Metis, de la que nada sabía hacía ya casi tres estaciones.

En estas divagaciones gastaba el dios su tiempo cuando una delicada figura femenina se hizo visible bajo el amplio arco de acceso de la terraza y avanzó hacia él.

—Temis —sonrió Zeus, tomándola de las manos cuando esta llegó a su presencia—. ¿A qué debo el honor?

La titánide de arreboladas mejillas se inclinó ligeramente ante el dios, cuya confianza tanto merecía, mas en el momen-

to en que iba a responder, ambos sintieron en sus pies desnudos una vibración procedente de lo más profundo de la tierra. Parte de la nieve depositada sobre el pasamanos del balaustre tembló levemente antes de desprenderse. Ladera abajo, los árboles agitaron sus hojas sin viento que las moviera.

—Madre —murmuró la hija de Gea y Urano, al tiempo que cerraba los ojos y sus mejillas palidecían ligeramente. Briznas de hierba asomaron entre la nieve y el frío cesó, temporalmente amortiguado. Zeus la contempló y sus músculos permanecieron tensos durante el lapso en que se prolongó el estremecimiento. Una grieta apenas perceptible se abrió en el blanco mármol del balaustre y recorrió toda su base. Fuera lo que fuera, aquel susurro telúrico parecía, sin embargo, hacerse inteligible en los oídos de Temis. Cuando la vibración cesó, los ojos de la titánide se abrieron de golpe. Como quiera que sus rodillas flaquearan un instante, el soberano la sujetó por la cintura, interrogándola con la mirada.

—Habla, Temis. ¿Qué sucede? —ella parpadeó desconcertada, como sacudiéndose una niebla de los ojos—. Sé cómo indigna a Gea que mantenga cautivo a mi padre, Crono, de quien el mundo que tanto me esfuerzo por ordenar guarda cada día un recuerdo más débil. Habla, te lo ruego, interpreta para mí los signos, pues sabes bien que no me basta solo con la fuerza para imperar.

Recompuesto poco a poco su gesto, Temis tomó del brazo al soberano y ambos caminaron junto al balcón.

—He sabido que el oráculo de Delfos ha desvelado a mi madre un secreto que te concierne. La paz de la que disfrutas y tu regocijo, Zeus, podrían tener los días contados —dijo al fin Temis.

—¿Por qué habría de ser así? —replicó Zeus.

—Para todo soberano de tu talla, toda paz es, deberías saberlo, un frágil interludio. —Las nubes volvían a arremolinarse lentamente en torno a la nívea cumbre—. ¿Has olvidado acaso a los que te precedieron?

—No olvido ni a mi padre ni al padre de mi padre —respondió Zeus—, ni tampoco las atrocidades que cometieron, a las que supe poner justo fin. Dime, ¿son ellos los que amenazan mi reinado?

—No, pero puede que tardes en tener ocasión de probarte, como crees ser, tan diferente a ellos. —Temis se detuvo y posó sus ojos en los del dios—. La oceánide Metis está encinta. Lleva en sus entrañas una hija tuya que, siendo excepcional, no es quien ha de preocuparte, pues engendrará un segundo hijo varón cuyo poder será superior al tuyo y que está llamado a derrocarte. Es cuanto puedo decirte.

Inclinando su cabeza nuevamente, Temis desasió el brazo del soberano y cruzó la amplia terraza para perderse por el mismo arco por donde había aparecido. Los árboles volvieron a agitarse por un instante sin motivo aparente y de la tierra brotó un silbido postrero que sonó regocijado. Sin embargo, ninguno de estos signos mereció ya la atención del dios, quien, con las manos apoyadas sobre la cornisa helada, hacía rato que contemplaba de nuevo el mundo con mirada torva.

◇◇◇

La luna llena rielaba sobre el mar en calma. La masa oscura de agua acompasaba su suave fluctuación al sueño del universo, sometida al dictado distante del astro nocturno como una

gigantesca bestia mansa que respira dormida. Auspiciado por la brillante Selene, un frágil esquife se afanaba por regresar a puerto. En su estela brillaban unas extrañas luminiscencias intermitentes, como un eco trémulo y submarino de las celestes. La embarcación atravesó el banco de medusas como si surcara un cielo invertido y las voces de sus tripulantes se perdieron en la noche. Empujada morosamente por lo que parecía una corriente a la que el resto eran inmunes, una de aquellas criaturas, de llamativo volumen, fue arrastrada hacia la costa y depositada en la arena del interior de una caverna horadada en la roca. Una vez allí, su fina piel translúcida se estiró y se tensó por efecto de una fuerza interna que pugnaba por proyectarse en cuatro extremidades salientes mientras un rostro humano comenzaba a adivinarse bajo la membrana elástica. Un sonido hueco, similar al estallido de una pompa, precedió la aparición de la titánide, abrazada a su vientre hinchado, bajo la tenue luz azulada.

Metis sollozó largamente. Sus miembros temblaban. ¿Cómo ella, tan astuta como juiciosa, conocedora de los secretos y debilidades de dioses y mortales, había cometido aquella imprudencia? ¿Acaso no enseñaba la violenta historia del mundo qué trato podían dispensar a su progenie los dioses soberanos, deseosos siempre de que el poder que ostentan sea tan eterno como su propia existencia? Tan pronto supo de su estado, la oceánide había corrido a ocultarse, ora en las simas marinas, ora en los bosques más impenetrables, confiando en que sus cambios de forma y refugio y la propia inconstancia de los afectos del joven dios, unida a la atención que reclamaban sus ingentes tareas, la hicieran pasar desapercibida. Pero el momento del parto

estaba ya cerca y la vida que llevaba dentro y que tanto ansiaba alumbrar la tenía exhausta. Aquella nueva criatura inmortal consumía tanta energía que cada vez le costaba más esfuerzo ejercitar y domeñar su don para la transformación. Sabía, además, desde hacía días —podía percibirlo—, que Zeus la buscaba ahora activamente y que no podría burlar su ubicua mirada durante mucho más tiempo. Un escalofrío recorrió su cuerpo empapado, hecho un ovillo, y su piel pareció cuartearse y endurecerse. Su figura menguó súbitamente, adoptando la forma oscura y compacta de una nuez. En ese momento, las aguas comenzaron a agitarse y a chocar con más fuerza contra las paredes de la cueva. La marea, sin embargo, estaba bajando, Metis lo sabía. Escuchó entonces un sonido amortiguado en la entrada y pudo ver, recortada contra la luz de la luna, la silueta oscura de un ave imponente batiendo sus alas. El porte de aquella águila y su descomunal tamaño confirmaron su fundado temor. Presa del pánico y de un repentino pudor, se transformó a duras penas en un liquen parduzco. Casi sin solución de continuidad, recuperó parcialmente su forma humana, si bien unas escamas verdosas comenzaron enseguida a aflorar en su piel. Cuando unas cavidades cartilaginosas, semejantes a agallas, se abrían en su cuello, Zeus, erguido y tornado ya en toda su magnífica apostura, le puso la mano sobre el brazo y se dirigió a ella por su nombre, como había hecho casi un año antes.

—Metis.

La oceánide retrocedió, asustada, sin dejar de agarrarse el vientre. Mirándolo a los ojos, le espetó:

—¿Qué quieres de mí?

El dios avanzó hacia la madre envuelto en luz espectral y extendió su poderoso brazo sobre ella para apoyarse contra la roca, con tal fuerza que su mano la quebró con estrépito. Un escalofrío recorrió la húmeda espalada de Metis, que comenzó a sollozar cuando Zeus levantó su otro brazo. Nunca había sentido un impulso tan desesperado de aferrarse a la existencia, la misma que ahora parecía pender de un hilo.

—Nadie sobre la faz de la tierra se ha atrevido jamás a burlarse de mí como antaño tú solías. ¿Ahora me temes? —dijo Zeus, sonriendo.

—¿Debería? —replicó la oceánide, aterida. Y como el soberano celeste mostraba una suerte de jovialidad cómplice y parecía no querer tomarse en serio la pregunta, la reformuló—: ¿Deberíamos?

Zeus rio, y al verle de humor tan magnánimo, la titánide destensó ligeramente sus músculos.

—Es a excusarme a lo que vengo —dijo el dios— por la poca atención que te he brindado en los últimos tiempos, y más en las presentes circunstancias. Es cierto que he estado ocupado en asuntos de envergadura, pero también lo es que añoro las horas que pasábamos juntos. —Y mirándola a los ojos la tomó de las manos, que hasta ese momento no se habían separado de su vientre hinchado—. Y también nuestros juegos. —Metis bajó los ojos, sonriendo azorada—. Sobre todo aquel —siguió Zeus, incorporándose y tomando asiento sobre un saliente plano— en el que durante horas te rogaba que te transformases en toda suerte de criaturas para solazarme contemplando la polimorfa riqueza del mundo sobre el que gobierno. Bien es cierto que tú no siempre otorgabas al asunto toda la seriedad que reclamaba... —Metis rio, ahora

sí, de buen grado—. Dudo, sin embargo, de que sigas siendo capaz de jugar como entonces, tu don parece algo debilitado.

El dardo alcanzó su blanco:

—¿Quién dice tal cosa? —replicó Metis, repentinamente aguijoneada en su orgullo—. En el fondo siempre serás un insolente, Crónida.

—Veámoslo. ¿Y si te pidiera, como alguna vez hice, que te transformases en un corzo de nobles astas?

Metis, que parecía haber recuperado parte de su vigor al perder el miedo, se transformó al punto en lo que se le pedía, y cabeceó de tal guisa frente a Zeus antes de recuperar su forma humana. Zeus celebró su arte palmeándose los muslos.

—Compliquemos el asunto —continuó—. ¿Qué hay de un león que arroje fuego por las fauces?

Haciendo un esfuerzo ímprobo, la oceánide desconfiguró de nuevo su ser y lo recompuso hasta cobrar la apariencia de un félido temible de áurea melena. Zeus separó las manos, pero dejó en suspenso la palmada, dando a entender que el reto no había sido superado del todo aún. Solo cuando el león regurgitó y expulsó su ígneo aliento a corta distancia de su rostro concedió el aplauso, satisfecho.

—Formidable —sentenció—. Ahora, algo más delicado —dijo extendiendo la palma de su mano—: una gota de agua.

—¿Bromeas, Crónida? —rugió Metis—. Nada más sencillo.

Y liberando la misma risa armónica que en otro tiempo tanto conmoviera a su espectador, se transfiguró en una diminuta gota que presto comenzó a deslizarse por la palma extendida que le ofrecía Zeus. Allí permaneció un instante tan solo, el que el dios tardó en llevársela la boca para engullirla de un sorbo junto con el fruto de su vientre. La otra

mano la tuvo que emplear el soberano en retirar una gota distinta, la que corría ya por su mejilla al contraer la garganta.

◇◇◇

—¡Iris! —rugió Zeus, tirando al suelo de un brusco manotazo el cáliz de néctar que un copero le ofrecía. Siete días llevaba padeciendo un terrible dolor de cabeza y su humor empeoraba por momentos. La jaqueca, que comenzó como una molestia difusa, se había extendido y acentuado hasta adquirir una intensidad intolerable. Otras tantas noches llevaba el tonante sin poder siquiera dormir, sintiendo que una miríada de ríos de lava incandescente laceraba sus sienes y su frente despejada. Se irguió de un golpe, sujetándose la cabeza con las manos, y avanzó a trompicones, dispuesto a salir al exterior. La visión repentina de su propio reflejo en un muro de pulido jaspe lo hizo detenerse. En la imagen que la piedra preciosa le devolvía pudo observar detenidamente las extrañas protuberancias que comenzaban a formarse en la frente y bajo el cuero cabelludo, irrigadas por surcos violáceos. Corroboró también la más desagradable de sus sensaciones: algo parecía palpitar allí debajo, en el interior del cráneo hinchado.

¿A qué respondía aquel mal, aquella malformación bestial? Soltando un nuevo alarido, se dirigió hasta una arcada del exterior del palacio, trastabillando por el camino y a punto de destrozar de pura frustración un pilar y de provocar un derrumbamiento en la gigantesca estancia. Una vez fuera, el dios se arrodilló en la nieve y, levantando con esfuerzo la cabeza, se agachó para hundirla y enterrarla completamente en el blanco manto. Permaneció unos momentos sollozando en tan indigna postura, pero al ver que aquello tampoco paliaba en nada la sal-

vaje cefalea, se arrastró hasta el cercano estanque, que se había congelado durante la noche. De una brutal embestida, quebró la capa de hielo para hundir de nuevo la cabeza en las aguas gélidas. Una pequeña descarga recorrió la superficie, agrietando a su paso el hielo restante. La intensidad del dolor persistía.

—¿Me has hecho llamar? —flotando a un escaso palmo de la nieve, la alada mensajera de túnica multicolor apenas pudo contener una mueca de desagrado al ver el aspecto terrible que comenzaba adquirir el semblante del soberano.

—Encuentra a Hefesto y hazlo venir, te lo ruego —ordenó Zeus mientras se incorporaba—. Que traiga de su fragua la mejor de sus hachas. Quiero poner fin a este dolor y extirpar lo que quiera que esté incubándose aquí dentro, así sea un nido de serpientes. —Presto partió la divina emisaria y Zeus se retiró a sus aposentos entre gritos de dolor.

◇◇◇

Un espeso olor a arsénico anunció la llegada del dios herrero antes que el propio heraldo. Se le hizo pasar sin dilación al gran salón donde Zeus lo aguardaba y donde Poseidón, Hestia, Deméter y Hera contemplaban al soberano con gesto circunspecto. Enmarcadas por la grandiosidad de la fábrica olímpica, las figuras de Zeus y Hefesto componían una escena grotesca. A un lado, el contrahecho y sudoroso forjador, recién llegado de la fragua, avanzaba cojeando, acompañado por el sonido metálico que, al renquear, arrancaba del marmóreo suelo el contrafilo del hacha enorme que portaba en la mano. Al otro, el tonante, hundido en el trono, se sostenía la testa tumefacta, la cual había adquirido ya una proporción tan monstruosa que amenazaba seriamente su equilibrio cuando se incorporaba.

Si el escueto mensaje y la petición de Isis habían desconcertado a Hefesto, lo que ahora contemplaba y lo que le hacía intuir lo llenaban de inquietud.

—¿Qué deseas de mí, Zeus? Desconozco la naturaleza del mal que te aflige y ni la curación ni la taumaturgia se cuentan entre en mis talentos.

Zeus, que apenas podía ya abrir los ojos del dolor, se levantó con dificultad y descendió los escalones del trono hasta ponerse a la altura de Hefesto.

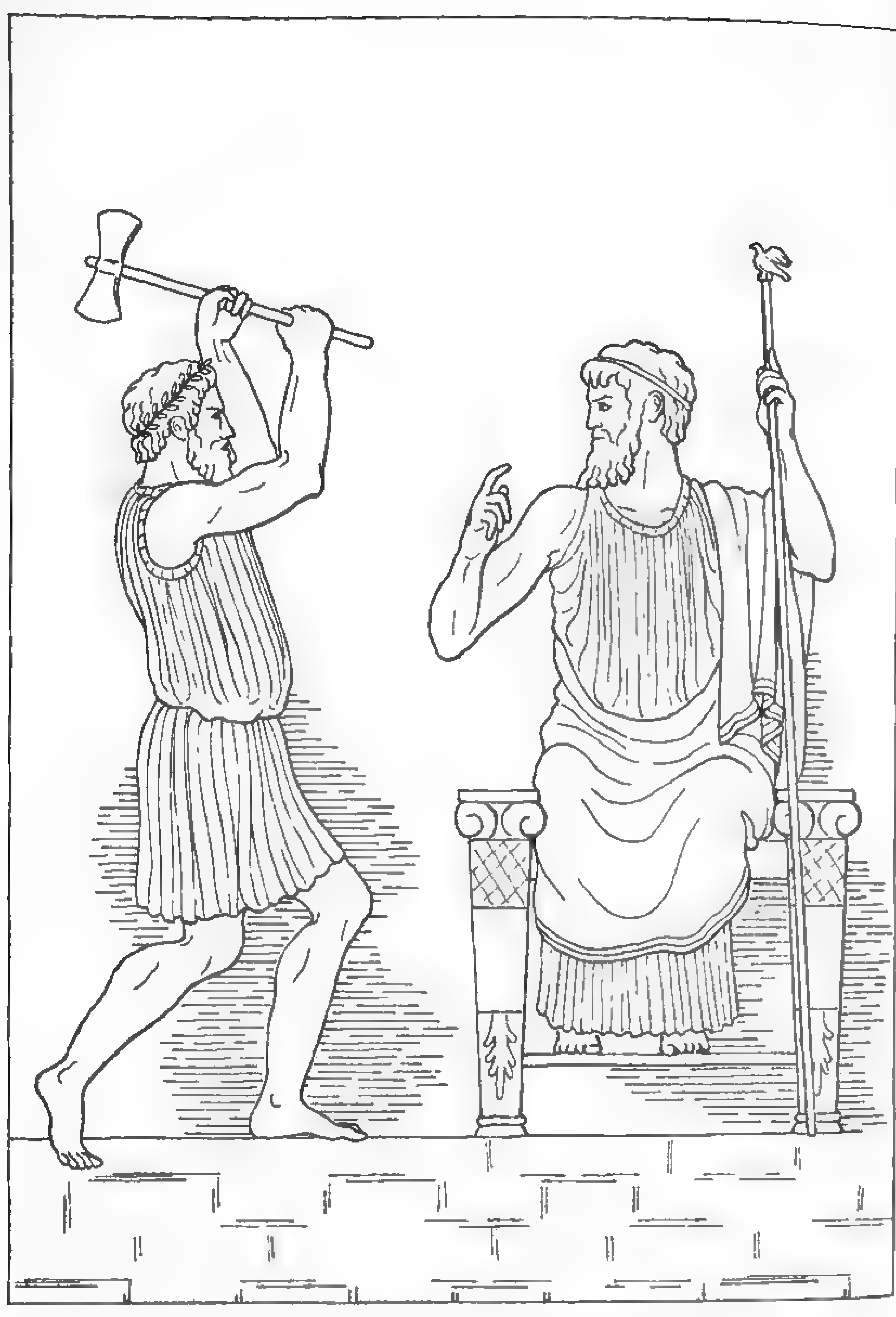
—Lo que deseo de ti, Hefesto, es que hagas algo por lo que no pocos inquilinos del Tártaro darían su vida eterna. Quiero que empuñes esa hacha y hiendas mi frente sin titubear para averiguar cuál es la causa del dolor que está haciéndome perder la razón. —Y, dicho esto, se inclinó ligeramente para ofrecer mejor blanco al dios herrero.

—Como ordenes —asintió Hefesto, palideciendo.

El Olimpo entero enmudeció durante los instantes eternos en que Hefesto, tragando saliva, marcó primero con el arma el lugar donde había de golpear y después, arqueando la espalda, asiendo el mango con tal denuedo que los dedos de la mano se tornaron lívidos, blandió el hacha con todas sus fuerzas y descargó un golpe seco y brutal sobre la cabeza del soberano.

◇◇◇

Fue tal la conmoción que experimentó Hefesto al escuchar el salvaje alarido que siguió al hachazo, que tardó varios segundos en comprender que no era Zeus quien lo profería. Mientras duró aquel grito, el tiempo pareció suspenderse. La tierra bramó con estrépito al unísono. Las aguas del ponto se encabritaron y espumearon embravecidas, cesando en su



Hefesto empuñó su hacha dispuesto a hendirla en la frente del dios de los cielos.

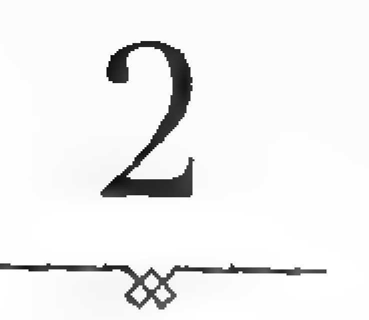
agitación solo cuando, de súbito, calló el aullido. Cuando el dios de la fragua se atrevió a abrir los ojos —pues el temor le había impedido asestar el golpe sin cerrarlos—, lo que vio lo dejó tan atónito como al resto de los presentes. De la cabeza de Zeus había surgido con salvaje ímpetu una doncella magnífica pertrechada para el combate. Con las piernas flexionadas y en posición de ataque, la recién alumbrada sostenía una lanza con una mano y con la otra un escudo que no ocultaba empero lo esbelto de su talle. Del áureo casco pendía su hermoso cabello en largos bucles que caían sobre su pecho. El suelo se había resquebrajado en el lugar sobre el que había aterrizado. Más arriba, en la bóveda celeste, Helios, hijo del derrotado titán Hiperión, había detenido a sus corceles. Todos, incluidos el propio Zeus, padre de la criatura, eran presa de un religioso temor. Porque no eran solo el prodigioso alumbramiento, aquel alarido bestial, el porte formidable de la nueva diosa, ya formada, o las armas que blandía..., eran también y por encima de todo ello, sus ojos: el coraje y la inteligencia que refulgían aquellos ojos garzos recién nacidos. Miraban a su alrededor con tal intensidad que los olímpicos habían quedado prendados de ellos, inmóviles como estatuas de sal. ¿A qué esa fiereza inusitada en aquellos instantes inaugurales de indefensión? ¿De dónde la aguda comprensión que transmitían, apenas alumbrados a un mundo aún por estrenar y que no había modo de que pudieran comprender? Durante largos segundos unos y otra se observaron en tensión, y cada cual de los presentes pudo sentir cómo era cuidadosamente sopesado y calibrado por aquellos ojos temibles y por la inteligencia que irradiaban, la misma que, al evaluar la situación y su propia inferioridad, había decido, reculando ligeramente, suspender la

embestida para la que sus miembros se encontraban sin embargo prestos. Hestia había asido el fuerte brazo de Poseidón, quien permanecía desconcertado por algo que no acertaba a calibrar pero que intuía terriblemente poderoso en aquella que los enfrentaba. Cuando la mirada de la recién nacida se posó sobre Hefesto, que aún sostenía el hacha alumbradora en su mano, pareció demorarse un poco más en él. Un espasmo recorrió el cuerpo contrahecho del dios, al sentirse escrutado por una intensidad desconocida que, sin embargo, se le antojó, por una vez, no despectiva, sino, de algún modo, cómplice; cautivo de aquel magnetismo, Hefesto sintió que las fuerzas lo abandonaban. Solo Zeus de entre los presentes podía identificar sin lugar a dudas el origen materno de aquella inteligencia palpitante, mezcla apabullante de arrojo y cálculo, en la que sin embargo brillaba también, como había brillado en su madre, un enigma esquivo que, en último término, rebasaba su divino entendimiento y lo inquietaba. ¿Quién era aquella guerrera magnífica que era, sin duda, también su hija?

Solo cuando esta depuso las armas sobre el suelo, se atrevió el auriga celeste a azuzar de nuevo a sus caballos para reanudar su curso y, junto a él, el resto de lo existente. Ya desarmada y radiante, Atenea posó los glaucos ojos en los de Zeus, quien, milagrosamente sanado, la contemplaba con paternal arrobo. Ella percibió de inmediato en los del dios un intelecto afín y cálidamente familiar que la hizo articular su primera palabra.

—Padre —pronunció.

A cierta distancia, volviendo la espalda al primer abrazo entre el Crónida y la unigénita, Hefesto abandonó la estancia, sabiendo ya que el precio que iba a pagar por aquel malhadado hachazo iba a ser, por de pronto, su corazón.



Palas, Atenea

Sobre la ardiente llanura libia, dos jóvenes guerreras se estudian con fiereza mientras retoman el aliento. Sin dejar de mirarse a los ojos, describen un semicírculo antes de acometerse de nuevo. Ambas pugnan por dejar el sol a su espalda. Su idéntico atuendo y el remarcable parecido de sus figuras hace casi imposible distinguirlas cada vez que su danza bélica arranca de nuevo. Sendas corazas de cuero, bien curtidas y orladas con franjas, protegen sus pechos sudorosos y palpitantes. Desprovistas de casco, hace ya rato que los cabellos de sus broncíneas melenas, de pareja longitud, han comenzado a abandonar la disciplina de la trenza que corona sus cabezas, adhiriéndose al rostro y al cuello allí donde entran en contacto con la piel humedecida. Ambas blanden en su diestra una pica de madera y se protegen con sendos escudos, también de madera. Tal es la precisión de sus movimientos y la capacidad que ambas exhiben para anticipar los ajenos que, por

momentos, el combate parece una ilusión especular, un desdoblamiento irreal y vaporoso generado por la canícula estival en el vasto espacio en el que planicie y lago se encuentran.

Con todo, algo las distingue. Los gritos que acompañan las embestidas de una de ellas, la de negros ojos, elevándose sobre el hueco entrechocar de picas y escudos, rara vez obtienen respuesta en la otra, la de ojos glaucos, quien, más contenida, bloquea una y otra vez los golpes descargados sobre ella, aguardando el momento oportuno. A la jovial fiereza de su adversaria opone esta, la más calma, una mecánica impertérrita, firme pero elástica. Y es precisamente cuando por fin atisba la abertura esperada y calculada en la guardia de la más belicosa y se dispone a aprovecharla, cuando un sonido insoportablemente agudo hiere sus tímpanos de improviso, de tal modo que pierde el equilibrio, trastabilla y cae al suelo. Ya le apoya insolente la lanza en la nariz su contrincante cuando esta percibe también el silbido y deja caer al suelo pica y escudo para taparse también los oídos.

—¡Padre! —grita, cerrando los ojos, la vencedora.

En unos instantes, la calidad de la atmósfera y su equilibrio se ven perturbados y transformados por la acción de una vibración poderosa cuya frecuencia parece de otro mundo. Son las trémulas hojas del cercano robledal las que la registran, pero también la densidad y el color del propio aire y, sobre todo, las aguas del lago. En la superficie azulada se dibuja una espiral inmensa que comienza a girar en grandes círculos concéntricos, su velocidad aumentando vertiginosamente con el volumen del sonido. De las copas de los árboles varias aves alzan el vuelo en desbandada y se pierden en el cielo límpido, el único espacio que permanece

ajeno a la repentina turbación. Ondas acuáticas y acústicas solo dejan de amasarse en virulento y cómplice crescendo cuando del mismo óculo del remolino surge, bañada en espuma, la figura magnífica de un ser anfibio de torso poderoso, prolongado en una cola de pez. En sus manos sostiene la gigantesca caracola irisada de la que extrae a placer aquel sonido sobrenatural que rige el movimiento de las aguas. Cuando estas retornan súbitamente a la calma, una quietud aún vacilante vuelve adueñarse de la llanura.

—¡Padre! —volvió a gritar entonces la guerrera de los ojos azabache, ayudando a incorporarse a su rival y tomándola de la mano mientras ambas reían y recorrían a la carrera el trecho que las separaba de la orilla. Al verlas acercarse, Tritón rio también y se dirigió a ellas con voz estentórea.

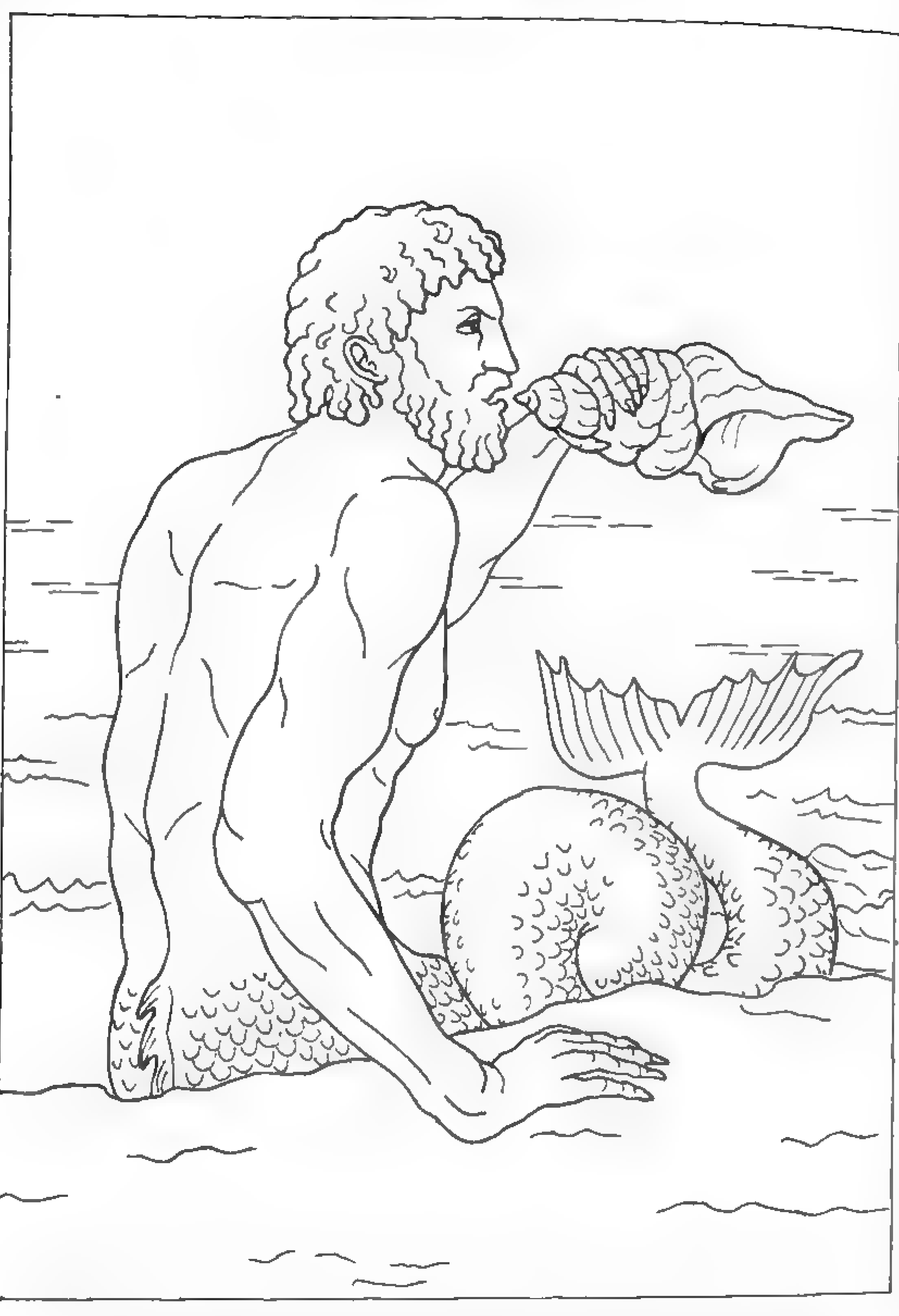
—¡Palas, Atenea! —las llamó—. Basta de lucha por hoy. Os habéis empleado a fondo y debéis estar exhaustas. Descansad pues ahora y reponed fuerzas, que otras tareas, más livianas, reclaman también vuestra atención hasta la caída del sol.

—Sí, padre —respondió Palas, mientras Atenea recogía del suelo la lanza y el escudo y se sacudía el polvo.

—Mi padre te ha librado de recibir una buena paliza hoy —susurró burlona la vencedora, pellizcándole un codo a Atenea antes de tomar las armas que esta le ofrecía cortésmente.

—Te equivocas, es a ti a quien ha salvado de una derrota segura —respondió la diosa, pisando con su sandalia la de Palas, antes de despojarse, sofocada, de la coraza.

Ya partían las guerreras cuando Tritón, hinchando los carrillos, volvió a acercarse la caracola a los labios, de modo que ambas se aprestaron a protegerse de nuevo los oídos. Pero el dios abortó el gesto y, exhalando el aire acumulado



La caracola irisada que soplaba Tritón regía el movimiento de las aguas.

en forma de estruendosa carcajada, salpicó a las muchachas, que retrocedieron, empapadas, entre chillidos y risas.

—¡Padre, no! —gritaron esta vez ambas.

Recogidos sus pertrechos y tomadas de la cintura, las dos jóvenes se alejaron en animada conversación por el camino que atravesaba el robledal. Tritón las contempló en silencio, enternecido, hasta que sus siluetas se perdieron de vista entre los árboles. Incluso él mismo, un inmortal, no podía más que sorprenderse al constatar con asombro la velocidad con la que habían corrido los días desde aquel en que Zeus le confiara el cuidado y la educación de su hija. Desde entonces, la suya propia, Palas, y la joven diosa habían compartido en armonía cuarto, juegos y tareas y habían forjado una complicidad que no parecía sino ahondarse ahora que por fin Palas, como Atenea, se acercaba al umbral en que dejaría de ser una muchacha para convertirse en mujer. Viéndolas jugar a la luz del día y velando su sueño durante el transcurso de los últimos años, el dios había sentido emociones de cuya profundidad parecía haberle protegido hasta entonces —así lo creía— la de las simas marinas en las que había morado gran parte de su vida. Pero ni las aguas de todos los océanos y su infinito peso podrían ya amortiguar, siquiera un ápice, la violenta intensidad del regocijo, de la aprensión, del orgullo, del miedo y del amor inmensos, revueltos e incontenibles, con que aquellas dos criaturas habían conmovido y seguían conmoviendo todo su ser. Y, sin embargo, también lo sabía, solo una de las dos era inmortal. Se ensombreció por un momento su mirada al recordarlo, antes de fijarla en el luminoso rectángulo de cielo situado sobre el bosque, donde divisó un águila que lo cruzaba en mayestático vuelo. Incli-

nó su cabeza levemente hacia ella, con respeto, y, tras llenar de aire sus formidables pulmones, se sumergió de nuevo.

∞

Cada día, poco antes de que el sol iniciara su lento descenso, las dos jóvenes emprendían el regreso a casa tras las largas horas matinales que dedicaban al ejercicio físico y al adiestramiento guerrero, bajo la supervisión de Tritón y de sus tutores. Adentrándose de nuevo en la pequeña aldea, en su ruta atravesaban el mercado primero y luego los toscos talleres donde los hombres se esforzaban, aun torpemente, por domeñar el cuero, el mimbre, la madera y otros materiales, en una sucesión embriagadora de olores, colores, sabores y sonidos. Palas, que, hambrienta, lideraba la marcha las mayoría de las veces, se las solía ingeniar para robar alguna pieza de fruta siempre y cuando su compañera, que censuraba tal conducta, no se anticipara a sus ágiles movimientos, lo que terminaba por limitar considerablemente el número de pequeños hurtos consumados. Con todo, no era tanto esto lo que irritaba a la hambrienta Palas —más bien era lo que verdaderamente la divertía— como el esfuerzo que había de hacer para evitar que ambas se demorasen en el laberinto de humildes talleres que aguardaba un poco más adelante. Bastaba un instante de distracción para que perdiera de vista a Atenea y tuviera que doblar un par de esquinas hasta hallarla de nuevo, absorta, frente al taller de un carpintero, sus ojos abiertos y centelleantes fijos en las formas cambiantes que iba adoptando la madera. La confección de la más simple cesta podía secuestrar su intensa atención con la misma facilidad, y no eran pocas las noches en las que Palas podía

observar, desde su lecho, cómo Atenea, tumbada en el suyo con los ojos cerrados y los brazos extendidos, reproducía fielmente con sus manos cada uno de los movimientos que en el torno había visto hacer aquel mediodía a un alfarero.

Algo había en el compromiso de aquel interés, sin embargo, que infundía un vago respeto en Palas, quien rara vez se atrevía a interrumpir aquellos trances con la brusquedad que su hambre y su impaciencia reclamaban. Algo similar le sucedía durante las horas hogareñas que pasaban juntas hilando, ya fuera solas o en compañía de otras muchachas y de la anciana ama que era su maestra. No sabía Palas si encontraba más fascinante la asombrosa facilidad con la que Atenea aprendía aquella y otras tareas —y a perfeccionar en muy poco tiempo la misma técnica que interiorizaba para su desempeño— o lo ajena que la diosa parecía a ese don prodigioso.

Era ese el caso de una tarde en la que, estando solas, Atenea parecía especialmente sumida en sus cavilaciones y Palas observaba embelesada la destreza con la que su compañera cardaba la lana y descargaba la rueca. La hacía girar con tal delicadeza y eficacia que, a Palas, cada giro le traía a la mente las hojas de un álamo esbelto. A punto estaba ya aquel movimiento circular y perfecto de inducir en ella un trance parejo al de Atenea, cuando esta la sorprendió con una pregunta repentina.

—¿Crees, Palas, que mi padre me quiere como el tuyo? —dijo Atenea con los ojos prendidos en el fino hilo. Su interlocutora tardó unos instantes en responder. ¡Con qué habilidad recorría la diosa la urdimbre, y cómo manejaba la lanzadera!

—¡A la fuerza! —respondió finalmente Palas, que intuía algo en la pregunta que eludía su comprensión y que anunciaba un ánimo del que no le apetecía ser partícipe—. Más

aún. Él te quiere más que mi padre por ser tú su verdadera hija, como es natural. —Palas apoyó su huso sobre el suelo y se incorporó, prestando a sus palabras la envidiable flexibilidad de sus gestos. Atenea seguía absorta en su labor. ¡Con qué pericia espesaba las madejas y las espaciaba luego con el peine!

—Sí, supongo que es como dices… —vaciló por un momento la joven diosa—, mas…, quería decir más bien si crees que mi padre me quiere tanto como a ti te quiere el tuyo.

Palas se acercó a Atenea y respondió riendo:

—¿Pero qué preguntas son estas? ¿Qué perturba tu ánimo así? Algún raro insecto ha debido picarte hoy junto al lago. Aunque nadie lo diría por cómo te has batido.

Atenea se pasó una mano por la frente sudorosa. La atmósfera de la estancia se había cargado con la misma presteza con la que las jóvenes vaciaban sus ruecas. En el silencio que siguió, la de Atenea pareció incrementar aún más su velocidad y el sonido de su giro se hizo claramente perceptible, como si el rústico ingenio devorara ahora nerviosamente el hilo del vellón. Palas, desconcertada por la inquietud que parecía haberse apoderado aquella tarde su compañera, sentía el impulso de aliviarla y se acuclilló frente a ella, posando sus ojos negros en los garzos de Atenea, aún pendientes de la urdimbre.

—Pero ¿sabes quién te ama más en el mundo sin discusión? —preguntó. La rueca seguía engullendo el hilo con voracidad.

—Yo —añadió la guerrera—. Eres mi amiga más querida, Atenea. Y lo serás siempre.

Al oír aquellas palabras, Atenea alzó al fin la vista de su labor y, respondiendo a la mirada de Palas con el ardor inusitado de la suya, pronunció despacio, repitiendo la última palabra:

—¿Siempre?

Fuera, la tarde caía definitivamente y el sol se abatía sobre las cumbres en un postrero suspiro violáceo. Palas alargó su brazo para asir el de Atenea.

—Siempre —respondió, susurrando con dulce firmeza.

En ese momento, la urdimbre se quebró. La rueca siguió girando todavía unos instantes por pura inercia, indiferente a las cabriolas inanes del hilo tempranamente seccionado.

◇◇◇

Durante las noches, las dos amigas solían caer rendidas en sus catres tras la intensa actividad diurna, pero el solaz que su mutua compañía les prodigaba aún las espoleaba lo suficiente para robar una última hora de energía al sueño y pasarla, en la oscuridad, en animada conversación. Juntas contemplaban las estrellas visibles más allá del ventanuco que se abría en un extremo del cuarto y revivían los combates del día, jugando a replicar de viva voz, describiendo sus movimientos, tratando de anticiparse, como siempre, a los de la otra, hasta que el agotamiento terminaba por arrullar sus risas y las jóvenes guerreras, así vencidas, caían presa de un sueño profundo.

Una noche de verano, sin embargo, aquella rutina se vio turbada para siempre. Atenea despertó súbitamente, su sueño quebrado por un agudo silbido. En el tiempo que sus ojos somnolientos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad, apenas si pudo distinguir la silueta de Palas —su peplo ondulante recortado contra la ventana y débilmente iluminado por la luz de la luna—, quien, llevándose un dedo a los labios, desapareció antes de que la joven diosa pudiese siquiera dirigirse a ella.

La frecuencia de aquellas escapadas nocturnas, que se tornaron habituales, y el silencio que las rodeaba abrieron pronto una brecha inédita en la confianza y la rutina de las dos amigas. Atenea no tardó en identificar aquellos silbidos, los mismos que emitía el joven pastor que solía apacentar su rebaño en las proximidades del lago, y con quien Palas había cruzado miradas en más de una ocasión. Con dolorosa perspicacia, advertía también que el punto hasta el que la conducta de Palas se le antojaba intolerable, y cómo la violentaba, la inhabilitaban al mismo tiempo como confidente, lo cual no hacía sino incrementar su desasosiego. Y es que era a ella, a la joven diosa, a quien ahora se le escapaba algo; algo que la eludía y la perturbaba en el brillo nuevo que habían cobrado los ojos de su amiga, en la alegre deportividad con que asumía ahora derrota tras derrota en los ejercicios matinales, en los que las noches de insomnio no dejaban de pasarle factura.

Pero había algo más. ¿Por qué Palas y no ella? ¿Es que acaso le iba ella a la zaga en belleza, porte o gracia? Tanto como la confianza perdida, pesaban en el ánimo y el orgullo de Atenea el despecho por no ser la elegida, así como el malestar y la vergüenza crecientes que le provocaba advertir lo incontenible de ese mismo despecho y su virulencia. Con esa pregunta convivía otra más, más profunda y apenas dotada del grado de consciencia suficiente para ser formulada... ¿Por qué carecía ella de aquel impulso ciego, de aquel indigno rapto de los sentidos y la razón que de modo tan turbador hechizaba la conducta de su amiga, y al que ella parecía, por gracia, inmune? Eran estas inquietudes las que, punzantes, le robaban casi las mismas horas de sueño que a Palas robaba el descubrimiento del amor.

Tal era la tensión que se había interpuesto entre las amigas, que la hija de Tritón no pudo más que hacerla explícita una mañana, cuando, portando sus pertrechos, ambas atravesaban el robledal camino del campo donde se ejercitaban.

—Estoy preparada para escuchar lo que tengas que decir, Atenea. No temo tu juicio.

La frontalidad y la serenidad de aquellas palabras perturbaron profundamente a Atenea.

—¿Qué habría de decirte que no sepas tú misma? —respondió la diosa.

La violencia a duras penas contenida de las palabras de Atenea no pasó desapercibida para Palas, su íntima amiga y la más dotada para intuir y aprovechar las raras brechas en su férrea guardia. El contraataque fue preciso y fulminante.

—Temo que no sea tanto mi conducta la que así te enoja, como los celos que en ti despierta.

Sus palabras volvieron a resonar un instante en el robledal en calma. Palas deseó no haberlas pronunciado en el mismo momento en que, viendo los ojos encendidos de Atenea, comprendió que el daño era difícilmente reversible. La diosa dejó caer las armas que hasta ese momento portaba, la égida y el escudo, pero aferró con fuerza la lanza.

—¿Qué has dicho? ¿Cómo te atreves....? —la cólera se adueñó de Atenea, que tembló ligeramente mientras adoptaba postura de combate.

Prisionera de la dialéctica que ella misma había desencadenado, Palas dejó caer también sus armas y, con solo su lanza, se dispuso a huir hacia delante, profundizando en el agravio.

—Lo que en verdad desconozco, es de quién de los dos estás más...

No pudo concluir la frase, pues ya Atenea arremetía contra ella con brutal arrojo. Apenas pudo contener esta vez la joven guerrera de los ojos negros las primeras embestidas de su oponente, que se batía con una furia desacostumbrada. Suyos, de Atenea, eran esta vez los gritos que acompañaban el repiqueteo de las lanzas al chocar entre los robles. Los propios árboles no parecían del todo indiferentes a la lid, contagiados de la repentina agitación. Una presencia divina había asistido con creciente preocupación al lance verbal y su estallido armado. Las guerreras no estaban solas, alguien observaba el combate. Ajena a tal hecho, Palas retrocedió hasta apoyar la espalda contra el tronco más cercano y, de no agachar a tiempo la cabeza, hubiera pasado muy cerca de ella la pica de Atenea, que fue a hundirse en la madera del roble casi un palmo. Fue entonces cuando Palas adquirió conciencia del peligro que corría y, presa a un tiempo de la cólera y el pánico, recogió rauda del suelo su lanza, que había perdido en la última acometida de Atenea, mientras esta, los garzos ojos parcialmente nublados, se aprestaba a desclavar su pica del árbol para arremeter de nuevo contra ella. Ambas percibieron entonces la gravedad del instante, mientras sus pechos desprotegidos palpitaban con más violencia que nunca. Ambas leyeron perfectamente, como acostumbraban, el siguiente movimiento. La ventaja, si bien exigua, era ahora para Palas, pues la diosa no podía desclavar su lanza y guarecerse a la vez, y, sin embargo, la mortal se dispuso a ejecutar un movimiento que tan solo neutralizara a su oponente, desarmándola. Pero en ese instante, Zeus, creyendo peligrar la integridad de Atenea y que Palas podía dañarla, llevado por un impulso, se apareció de súbito entre las dos

combatientes para protegerla. La intercesión resultó fatídica. Al ver la égida resplandeciente del dios, Palas, deslumbrada y asustada por la repentina irrupción, soltó su arma y se abalanzó sobre Atenea con un grito. La diosa, sorprendida también, no pudo detener el movimiento, casi mecánico, que con tanta energía había iniciado solo para protegerse y atravesó la delicada piel de Palas con su lanza, que se hundió en su corazón antes de hacerlo de nuevo en la madera del árbol. El bosque entero, enmudecido, pareció sufrir la punzada. El aire quieto se tiñó de angustia y la sangre comenzó a manar de la herida mortal, en el punto en que la pica desaparecía en la carne.

—Atenea… —acertó a decir Palas a duras penas, extendiendo un brazo, los ojos muy abiertos, inundados de dolor y perplejidad—. Perdóname.

—¡Palas!

Como salida de un profundo trance, Atenea se abalanzó sobre el cuerpo moribundo de su amiga y, liberándolo del arma homicida, lo sostuvo entre sus brazos. Llanto y estertores se mezclaron, como se mezclaban los miembros temblorosos de ambas al abrazarse, las dos guerreras de nuevo casi indiscernibles. Atenea besó la frente de su adversaria mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro. «Siempre», acertó a pronunciar Palas, antes de exhalar su último aliento, con el rostro reposando entre las manos de Atenea.

Sin dejar de sostenerla, la diosa alzó la cabeza y emitió un grito mudo que sacudió todo su cuerpo. Entonces las hojas de los árboles parecieron contagiarse del mismo temblor, acrecentándolo, y un sonido agudo y familiar quebró el aire y vino a prestar lo que la garganta anudada de Atenea no podía siquiera articular. La onda comenzó a desbocarse, pero

esta vez, Atenea, que estrechaba entre sus brazos el cuerpo sin vida de Palas, parecía inmune a sus efectos.

—¡Padre, no! —gritó, volviendo la cabeza—. ¿Por qué? —clamó al tonante. Su grito se vio sin embargo ahogado por la violencia de aquel sonido, que, convertido ya en puro alarido, anunciaba funestas consecuencias. Los árboles comenzaban a arquearse cuando un brazo poderoso arrancó a Atenea del cadáver, ciñéndola del talle. Aturdida, la diosa sintió cómo se elevaba rauda en el aire. «Es hora de regresar junto a los tuyos», escuchó, justo antes de perder el conocimiento.

◇◇◇

Durante cuarenta días y cuarenta noches se prolongó el aullido inconsolable de Tritón. Los ríos invirtieron su curso, desbordándose y causando estragos en campos y aldeas. Las aguas del lago se tornaron de color púrpura y anegaron el valle, como si una manada de espumosos caballos lo recorrieran enloquecidos. La costa fue golpeada sin piedad por columnas inmensas de agua que se elevaban desde las profundidades. Fueron decenas las embarcaciones que naufragaron en la tempestad y centenares los hombres y mujeres que perdieron el juicio en el transcurso de aquellas jornadas interminables. Muchos sellaron con cera caliente sus oídos, otros se arrojaron al vacío o al mar encabritado desde los altos riscos. El aullido de las bestias se sumó a aquel gemido incesante, y también el llanto de los infantes. Durante ese tiempo, Zeus permaneció mudo, recogido en su morada. Era la bóveda celeste la que replicaba los tonos y matices de las aguas enfermas y desabridas de la tierra, y no al revés, en señal de respeto por el duelo terrible del hijo de Poseidón.

Lejos de allí, al abrigo del lamento fúnebre del que fuera su tutor y al otro lado del mar, Atenea purgaba su propio dolor en silencio y soledad, recogida en un bosque cercano al Olimpo. Tal era la determinación con la que la joven diosa había rechazado cualquier compañía desde que Zeus la llevara consigo que el soberano había juzgado oportuno respetar durante un tiempo su deseo de aislamiento, antes de presentarla a sus iguales. Con todo, el soberano celeste la vigilaba noche y día desde la distancia, adoptando diversas formas. Durante una de aquellas noches luctuosas y solitarias, advirtió la presencia de Atenea en un claro del bosque. Intrigado, observó cómo esta desplegaba un pequeño hatillo que portaba consigo, descubriendo un juego de cuchillos cuyas hojas refulgieron levemente bajo la luna llena. La diosa tomó una de aquellas gubias, asiéndola con una naturalidad sorprendente y, en silencio, contempló durante largo rato un bloque de madera, de altura y anchura similares a la suyas, que había dispuesto frente a ella. Transcurrido ese tiempo, Atenea cerró los ojos y recorrió lentamente con la mano la superficie de la madera, como si las yemas de sus dedos pudieran leer en aquella masa compacta trazos y rasgos invisibles. Una lágrima recorrió la mejilla de la diosa al acercar la cuchilla al tronco por primera vez. A partir de aquel momento, sus manos comenzaron a trabajar sin descanso, aplicándose sobre la madera con gestos seguros y precisos, mientras el llanto no dejaba de brotar de sus ojos. Con una destreza asombrosa, Atenea trabajaba prácticamente a oscuras, guiada por la poderosa fuerza del recuerdo, invocando la presencia de quien ya no estaba allí a fuerza de atizar en su mente y su corazón la viva llama de su imagen, hasta convo-

carla, transfigurada, en la materia que tan dócil y maleable se sometía al dictado de la memoria, del dolor y del metal diestramente manejado. Así, durante aquellas largas horas nocturnas, Zeus creyó asistir, conmovido, al mágico desdoblamiento de la que años atrás había surgido de su propia testa, tal era la similitud con la propia hacedora que la madera iba cobrando a medida que la diosa extraía de ella la delicada figura que ahora parecía haber estado aguardando allí dentro, perfecta, desde el inicio de los tiempos. Fueron primero los esbeltos miembros los que afloraron a la superficie; luego el rico peplo y sus intrincados pliegues, y, finalmente, cuando el alba ya se insinuaba, esculpió la diosa, sus ojos aún entornados, el rostro de la que fuera su amiga y compañera de juegos, tan vivamente evocado que parecía devolver la mirada a quien lo contemplaba. En sus labios finamente tallados se intuía también la sonrisa que Palas no pudo terminar de esbozar, con gran esfuerzo, al pronunciar aquella última palabra.

Acariciaban ya los rosados dedos de la aurora las copas de los árboles cuando Atenea culminó su obra y, sollozando, dejó caer las herramientas para abrazarse a ella. Tan sobrecogedores eran la belleza y el realismo de la talla, tal la hondura con la que su arte clamaba contra la amarga ausencia de Palas, que el propio Zeus, impotente como nunca se había sentido, tuvo que alzar el vuelo y retirarse para que sus propios sollozos no traicionaran su presencia.

Días después, cuando convocó a Atenea al gran salón del trono, en presencia de los demás dioses y, llamándola por su nombre, le indicó su lugar, ella le corrigió ligeramente antes de disponerse a ocuparlo.

—Palas —precisó sin levantar la mirada—, Palas Atenea.



3

La diosa casta

Transcurrieron los años en la tierra y en el cielo, y Palas pudo asistir al gradual ensanchamiento de la familia olímpica con el nacimiento de nuevas deidades, dotada cada una de formidables y novedosas potencias y de caracteres singulares que apelaban siempre de un modo u otro al curioso e inquisitivo de la diosa. Con todo, iban surgiendo entre ellos afinidades y antipatías incipientes de cuño diverso. Así, el temperamento reservado e independiente de Atenea pudo encontrar uno análogo en el de la también casta Ártemis, cuyo manejo del arco además admiraba, y a quien acompañaba a veces en sus batidas de caza. A medida que los hijos de Zeus y Leto crecían, intuía asimismo en el hermano de Ártemis, Apolo, formidable arquero también, una sensibilidad pareja a la suya y, en no pocas ocasiones, se había apostado Atenea cerca de su mansión para deleitarse escuchando las notas dulces y melancólicas que en sus ratos

ociosos arrancaba el joven dios de su lira, sin atreverse a importunarlo. Atenea compartía con la diosa cazadora, además, la resignación con la que ambas sufrían el recelo que Hera, esposa de Zeus, sentía hacia ellas, hijas de su marido, pero no suyas.

—Créeme si te digo que a veces no puedo más que comprenderla y hasta compadecerla —le había dicho en cierta ocasión Ártemis a Atenea, mientras liberaba la flecha que con sublime precisión fue a hundirse en la yugular de un ciervo, que cayó abatido al instante. Guardó silencio la ojizarca entonces por respeto, pero se sintió reconfortada al advertir en las palabras de su hermanastra un reflejo del malestar difuso que en ella generaba la que comenzaba a juzgar como errática conducta sentimental de su padre, a la que ellas mismas debían empero la existencia.

Como hermana mayor y predilecta de su padre, Atenea mantenía cierta ascendencia sobre sus hermanastros menores, los mismos hijos de Leto, la sensual Afrodita o el belicoso Ares, pero nada impedía a Poseidón, su tío y dios antiguo, dispensarle un trato gélido. Abrumada todavía por el dolor y la culpa que la muerte de Palas le infligían, Atenea no podía más que abatir los ojos cuando estos topaban con la mirada del padre de Tritón.

En el caso de Ares y Afrodita, la hostilidad creciente que se interponía entre ellos poseía sin embargo una cualidad más espontánea y recíproca. La beligerancia frontal del dios de la guerra y lo irracional y jactancioso de sus estallidos irritaban tanto a Atenea desde la infancia de aquel, como impacientaban a Ares, ya crecido, las prudentes opiniones de la diosa cuando esta se manifestaba públicamente. Menos virulenta, pero más profunda, era la perturbación que provocaban en Atenea, desde su nacimiento, la mera presencia y la actitud de Afrodita. Había en los ojos de esta un brillo similar al que poseían los de Palas durante sus últimos días, pero de algún modo multiplicado. Atenea encontraba con frecuencia sus palabras frívolas, sus gestos, excesivos, el desdeñoso trato que dispensaba a su esposo Hefesto, cruel, y su incontenible tendencia al flirteo, tan evidente con el joven Ares, intolerable.

Con la llegada de la primavera, además, la natural excitación que se apoderaba de los mortales parecía contagiar también en parte a los divinos moradores del Olimpo, de tal modo que la límpida atmósfera de las cumbres se adensaba, levemente enturbiada de intriga y susurros. La perceptiva Atenea asistía entonces con una suerte de inquietud a esta renovada actividad y al invisible laberinto de pasiones que urdía, a las que ella permanecía indiferente, mientras portaba consigo la delicada talla de Palas, la cual ostentaba ahora una lanza en la mano derecha y el huso de una rueca en la izquierda, en recuerdo de las largas jornadas compartidas de combate y labores.

En aquellos días de gozosa renovación de la tierra y los sentidos, los propios Ares y Afrodita, si bien la temían, se deleitaban en ocasiones burlándose de ella y enredándola en un perverso juego triangular de miradas que a ella la turbaba profundamente. En cierta ocasión, cuando Atenea sorprendió involuntariamente a ambos en actitud amorosa, al abrigo de una arcada del palacio olímpico, Ares, al verse descubierto, lejos de avergonzarse, sostuvo desafiante la mirada de Atenea y le hizo un gesto para que se acercara,

mientras Afrodita contenía la risa a duras penas. Tal reacción acrecentó aún más el pudor de Atenea, a quien el encuentro imprevisto ya había ruborizado. Su turbación se tornó empero en cólera cuando Afrodita, mordisqueando lascivamente la oreja de Ares, quien no dejaba de mirarla, susurró audiblemente al dios:

—Déjala —dijo—. ¿No ves que prefiere su muñeca de madera?

Quien despertara mayor interés en la diosa era, sin embargo, quien más se había complacido con su regreso sin que ella se percatara. El mismo día en que tuvo noticia de la comparecencia de Atenea, Hefesto había abandonado raudo la forja para acudir a contemplarla, pues había quedado prendado de sus ojos desde el día en que participara en su alumbramiento. Era la propia inocencia de Atenea la que le impedía advertir el mudo embeleso, con el que aquél la observaba. A su vez, la genuina simpatía de Atenea por el dios herrero, en cuya cojera, fealdad e impenitente desaliño ella parecía no reparar, se acrecentaba a medida que averiguaba más sobre sus destrezas y maestría técnica. Cuando Atenea se interesaba por la factura de un trono laboriosamente labrado, o por el origen de un escudo particularmente bien forjado, cosa frecuente dadas sus inclinaciones, solía obtener la misma respuesta: «Es obra de Hefesto».

No dudó, por tanto, la diosa, a quién encargar sus armas cuando un día que conversaba con su padre este la invitó a considerar la conveniencia de tener las suyas propias, como tenían sus hermanos.

—La prudencia de tus juicios y el valor de tus acciones te han merecido un justo respeto de tus iguales en este tiempo

—había dicho el soberano—, pero tal vez sea momento de destinar esa estatua tuya a un lugar más adecuado, y tal vez convenga, también, que te hagas con tu propio armamento, para hacer uso de él a voluntad, como y cuando mejor juzgues.

Fue así como Atenea se acercó a Hefesto tras la celebración de un consejo olímpico, antes de que el dios, siempre visiblemente incómodo en las estancias palatinas, partiera de regreso a su fragua. Cuando la diosa lo abordó, la mera proximidad de Atenea dejó a Hefesto casi paralizado. Esta, algo desconcertada por el mutismo de su interlocutor, repitió entonces la enumeración de las armas que precisaba: lanza, escudo, égida y casco. ¿Era posible?

—Por supuesto, así se hará —acertó por fin a balbucear Hefesto, hechizado por la profundidad de aquellos ojos que con tan chocante naturalidad solicitaban su aquiescencia.

—Entiendo que habrás de tomar las medidas pertinentes antes de proceder a su factura —añadió Atenea.

—Así es, en efecto —se limitó a corroborar Hefesto.

Y como quiera que el dios pareciera no encontrar las palabras necesarias para precisar nada más, fue la propia Atenea quien, poniéndole una mano en el hombro, sugirió cuándo encontrarse.

—¿Dispones de tiempo para ello mañana? —El contacto de la diosa provocó una descarga en Hefesto, que sintió como si un relámpago se ramificara inclemente desde su hombro a las regiones más profundas de su alma.

—Sí, cuando quieras —respondió con voz temblorosa.

Atenea asintió, despidiéndose con un leve gesto de cabeza y, cuando hubo cerrado los detalles de la transacción,

se retiró complacida. El dios de la forja permaneció unos instantes más allí, inmóvil, aguardando a que su corazón mitigara la violencia de su bombeo antes de partir. Fue entonces cuando Poseidón, que había presenciado la escena, se acercó a él y, con una complicidad fingida y condescendiente, vertió en su oído un comentario malévolo que avivó el sofoco del dios, alimentando su pasión y dejándolo aún más confundido si cabe.

—Si eres sagaz, Hefesto —le susurró—, sabrás no solo interpretar lo que acaba de suceder, sino aprovecharlo como merece y obrar en consecuencia. Te envidio, ciertamente.

Preso de una honda agitación, sudoroso y aturdido, Hefesto abandonó cojeando la diáfana estancia. Aquella noche no podría conciliar el sueño.

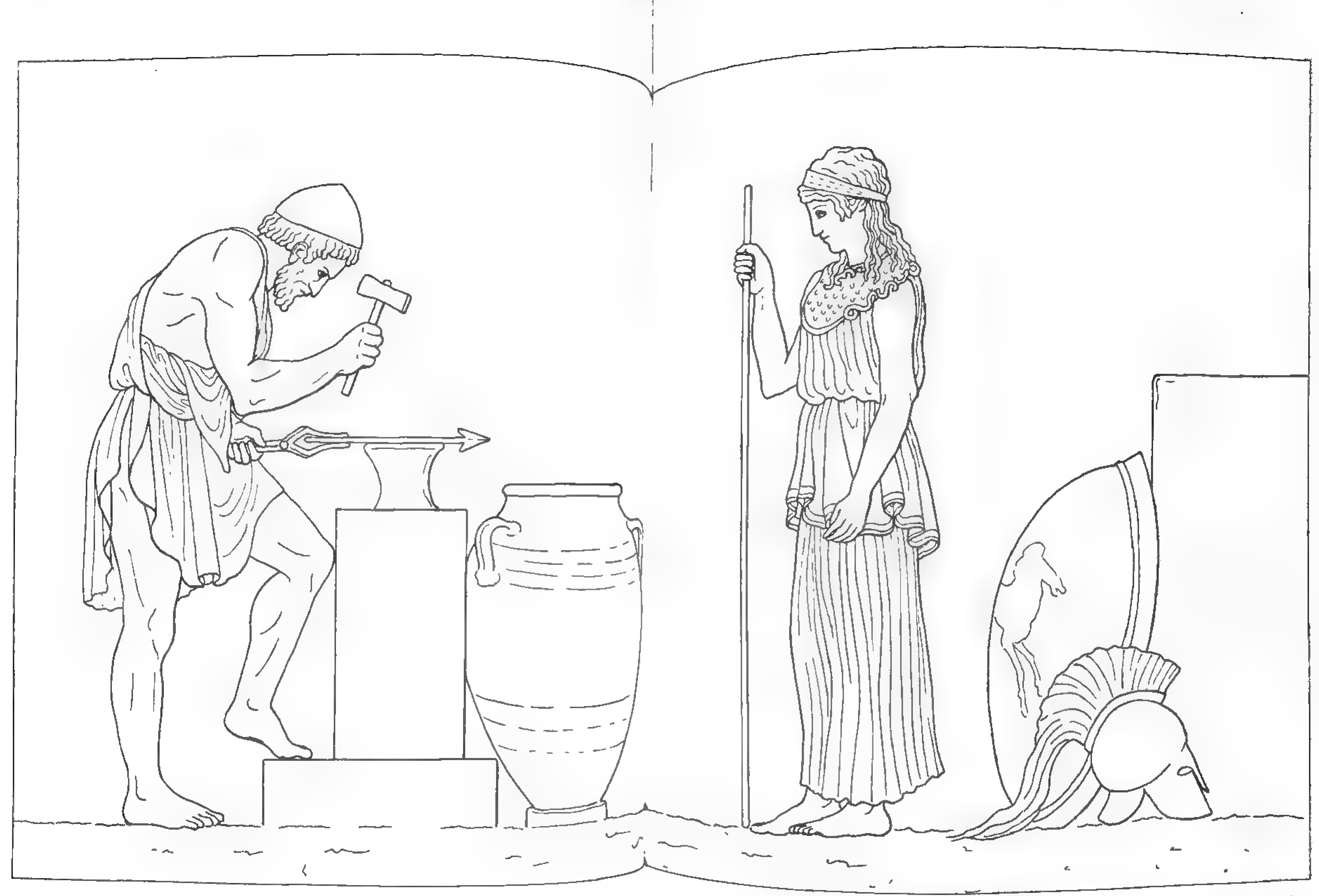
◇◇◇

De pie, en el centro del lóbrego taller, Atenea impartía instrucciones precisas sobre la longitud, el calibre y la calidad de las armas que requería. A la luz de las llamas que alimentaban la forja, su nívea silueta componía una suerte de visión irreal entre el metal incandescente y los aperos que se amontonaban sobre el tosco mobiliario. Hasta su propia sombra parecía imbuida, al proyectarse, de una suerte de casta pulcritud que parecía suspenderse, etérea, sobre la pesada atmósfera del habitáculo, hediente de azufre. Sin pronunciar palabra, Hefesto, que había despedido aquella mañana a sus asistentes para estar a solas con la diosa, la escuchaba fascinado. La pertinencia de sus comentarios y el rigor con el que los formulaba, el conocimiento profundo que demostraba al hacerlo de su propio oficio, el de él,

no hacía sino aumentar la excitación que la presencia de Atenea le producía. No era solo la belleza de la diosa lo que turbaba sus sentidos, era también el intuir en ella un alma gemela, un ser afín, destinado tal vez a redimirlo del cruel ostracismo al que los suyos le habían condenado por su condición de lisiado. Ella, ajena a la violenta agitación que iba apoderándose por momentos del dios, proseguía ofreciendo detalles, erguida como un haz de blanca luz entre los ferruginosos vapores.

El pulso de Hefesto sufría una sacudida cada vez que sus manos entraban en contacto con el cuerpo de la diosa para tomar las medidas. Notaba él mismo cómo el juicio se le iba nublando, al no poder dejar de imaginar al descubierto cada nuevo fragmento de cuerpo cuya longitud registraba cumplidamente: de la delicada mano al codo estirado y del codo al esbelto hombro; del pie a la rodilla y de la rodilla a la fina cintura. La vara de medir temblaba ostensiblemente cuando la aplicó al muslo bien torneado. De la fragua salieron expulsadas varias chispas y una lengua invisible de calor que aumentó la temperatura de la estancia. Las gotas de sudor que bañaban el rostro de Hefesto se deslizaban por su cuello y su pecho descubierto, y se acumulaban también en sus pobladas cejas, enturbiando por momentos su visión. Alentado por las maliciosas palabras de Poseidón, su anhelo le hacía vislumbrar solícita complicidad donde tan solo había casta simpatía. En el momento de tomar la medida del perímetro torácico de la guerrera sintió que perdía el control de sus acciones.

—Es preciso que la rigidez de la coraza no impida cierta flexibilidad para que los miembros puedan moverse con



Atenea impartió instrucciones precisas sobre la calidad de los pertrechos que requería.

libertad. ¿Qué materiales piensas emplear en su factura y de qué grosor? ¿Aceptarías una sugerencia?

La diosa no obtuvo respuesta. Incapaz de contener por más tiempo su deseo, Hefesto había dejado caer la cinta con la que tomaba las medidas. Su respiración era ya un jadeo violento. Atenea, que mantenía los brazos alzados y estirados para facilitar la labor del artesano, sintió entonces cómo este, situado a su espalda, la ceñía con fuerza del talle, entrelazando sus rudas manos sobre su vientre y posando sus labios, que parecían arder, en la base de su cuello. Al sentir su cuerpo repentinamente oprimido contra el de él, Atenea no pudo más que constatar la perceptible excitación del dios. Un espasmo de náusea y terror recorrió su espina dorsal y sacudió sus miembros. Propinando un violento codazo a Hefesto, se zafó de su abrazo y se separó de él. El dios seguía jadeando, contemplándola con los ojos desorbitados. En su rostro desencajado se dibujaba un rictus de desesperación, como si la culpa conviviera ya anticipadamente con el ímpetu insoslayable que ahora lo tiranizaba, casi a su pesar. Atenea arrastró una tosca mesa para interponerla entre ambos.

—¡Detente enseguida! —rugió encolerizada.

Pero la pasión desatada de Hefesto no podía ya atender a razones ni palabras y, emitiendo un angustioso gemido, se lanzó nuevamente en pos de la diosa, persiguiéndola por toda la fragua entre el estruendo de las herramientas que caían al suelo a su paso. La violencia de su anhelo suplía el renqueo de su cojera, de tal modo que, en un último intento desesperado, logró dar caza a Atenea, abalanzándose sobre ella en un torpe remedo de abrazo que la diosa, sin

embargo, logró frustrar de nuevo. Tal era la excitación del dios, empero, que este, aun siendo rechazado, eyaculó sobre la pierna de la diosa al intentar asirla, antes de que esta lo arrojara al suelo de un brusco empellón. Al tomar conciencia de lo sucedido, Atenea gritó con repugnancia. Hefesto la contempló desde el suelo, cubriéndose el rostro con las manos y gimiendo presa de la vergüenza. La diosa temblaba visiblemente mientras mantenía los brazos alzados evitando el contacto con la humillante mácula. Hoy, más que nunca, aborrecía aquella violenta pasión que de tal modo se apoderaba por igual de dioses y mortales trastornando su juicio. Sin bajar los brazos, miró a su alrededor y, viendo un retal de lana sobre la mesa con la que había intentado frenar a su agresor, lo tomó para limpiarse al instante la simiente derramada por aquel.

Cuando hubo terminado de hacerlo, arrojó el retal al suelo con disgusto, y entonces se obró el prodigio. En el punto en el que la lana empapada había entrado en contacto con la tierra, esta se abrió al poco y, ante la muda sorpresa de ambos dioses, de la abertura surgió, alumbrado por la fecunda Gea, un retoño de tiernos miembros que comenzó a llorar. Hefesto contempló petrificado al varón recién nacido, apretándose la cabeza con las callosas manos, aún en el suelo, aturdido e incapaz de reaccionar. Fue Atenea quien, sobreponiéndose a las terribles emociones que la agresión había provocado en ella, sopesó la situación y se decidió a obrar. Aquella criatura indefensa era, por una parte, la dolorosa prueba del atentado cometido contra su honor. Sin ser su hijo, proyectaba, sin embargo, una sombra sobre su castidad, tan celosamente guardada. La mera posibilidad de



Atenea sostuvo en sus brazos al pequeño retoño que alumbró la fecunda Gea.

tener que referir lo que allí acababa de acontecer oprimía su ánimo y la llenaba nuevamente de turbación. Y nada en el gimoteante Hefesto, a quien dirigió una última mirada de desprecio, invitaba a considerarlo capaz de hacerse cargo de lo sucedido. Así, llevada por una mezcla de pudor, prudencia y genuina piedad, tomó al niño en sus brazos y, estrechándolo contra su pecho, abandonó el taller angosto sin proferir palabra. Allí quedó Hefesto, convulso, la cabeza enterrada en las manos, indiferente a las chispas que, despedidas de la forja, abrasaban aquí y allá su piel desnuda.

4

Vanidad y pudor

Asomado a la terraza, Cécrope, soberano de Acte, la más próspera ciudad del Ática, contemplaba el bullicio de la terrosa avenida que pasaba junto a la fachada del palacio en los días previos a la recogida de la cosecha. El viento, todavía cálido, se entretenía con los pliegues y el vuelo de su himatión mientras, a sus pies, carros, comerciantes y transeúntes hacían vibrar las calles en caótica y animada algarabía.

—Hoy es día de fiesta. —Cécrope sintió en su hombro la presión de una mano amistosa y vio a su esposa Aglauro, junto a él, asomada también a la bulliciosa villa.

—Así es —respondió Cécrope, retirándole con suavidad el mechón que el viento arremolinaba en su rostro.

—Y, sin embargo, algo ensombrece tu ánimo —prosiguió su esposa—. ¿De qué se trata, Cécrope? ¿Acaso no gobiernas sobre la más venturosa ciudad de la península? Y no es poco, bien lo sabes, lo que esa bonanza debe a tu prudencia y buen

gobierno. Acte florece, sus gentes se multiplican, te honran y conviven en paz. Lejos quedan los diluvios de los que hablan nuestros mayores. Los dioses nos son propicios. ¿No hay más motivos, pues, para la alegría que para la preocupación?

—Es la misma prosperidad que mentas la que me inquieta, Aglauro —respondió el soberano—. La misma abundancia con la que los dioses nos han bendecido nos convierte en un tentador botín. Y la ciudad no cuenta, a día de hoy, con ninguna divinidad que la proteja.

—Acte no es una ciudad impía. Los dioses son debidamente honrados —recordó Aglauro.

—No es su impiedad lo que me preocupa —continuó Cécrope—, sino las dos almas que en ella conviven. —El rey señaló entonces a un grupo de campesinos que portaban varias cestas de mimbre y a los artesanos que trabajaban en un taller de alfarería—. Están los más juiciosos, los que viven apegados a la tierra; pero están también —prosiguió, apuntando ahora hacia un grupo que se dirigía hacia la costa— los espíritus más melancólicos y desabridos, aquellos que, haciéndose a la mar, ponen sus ojos en empresas más ambiciosas, belicosas e inciertas. Entre los primeros, la mayoría hace sus ofrendas en el templo de Atenea; los otros, terminan de levantar uno a Poseidón en el promontorio del cabo Sunion. No sería yo el monarca prudente que afirmas que soy si no me inquietaran, tanto como la falta de protección, las posibles consecuencias de este cisma latente.

—¿Es por eso por lo que acudiste hoy al templo a orar, tan temprano? —inquirió Aglauro.

—Así es. He elevado plegarias a Zeus rogando su intercesión —respondió el rey.

Tomando del brazo a su esposa, el soberano la acompañó de nuevo al interior. El verano tocaba a su fin y el mismo viento, que todo lo amarilleaba, comenzaba a arreciar con fuerza.

∞

—Te complace este mortal, ¿no es así? —dijo Zeus, tomando a Atenea del brazo, mientras ambos regresaban a su vez al interior de la morada olímpica, atravesando la terraza desde cuya magnífica altura habían contemplado la escena anterior.

—Así es, padre —respondió la diosa—. No solo rige los destinos de su pueblo con singular prudencia, sino que a su sabiduría e inventiva deben los mortales del Ática ser algo más que simples bestias. Es Cécrope quien prohibió los brutales sacrificios, de modo que ahora son animales y plantas los que arden en las piras y no criaturas humanas.

—Sé bien cómo te repugnaban aquellas costumbres.

—Tanto como repugnan a Ares las tortas de cebada que ahora le son ofrendadas —añadió Atenea, de modo que ambos rieron de buen grado.

—Bajo el mandato de Cécrope —prosiguió la diosa— los hombres toman ahora a una sola mujer como legítima esposa, jurándose mutua fidelidad, y se honra a los muertos dándoles noble sepultura. Es el mismo Cécrope quien los ha instruido además en el trabajo de la madera para levantar hogares y cobertizos, y a su sabia mano deben también el cultivo de las viñas que cada otoño se doblan con el peso generoso de su fruto.

—Es, sin duda, hombre juicioso y de múltiples talentos, y comprendo tu predilección por él y por la ciudad que gobierna —respondió el soberano celeste. Los lentos pasos de padre e hija reverberaban, acompasados, en los amplios salones.

Atenea guardó silencio unos momentos. Nada había en su discurso que no fuera estrictamente cierto, y sus simpatías por el gobernante de Acte y por los progresos que había llevado a su pueblo eran genuinas. Asentada ya su posición en el consejo olímpico, y probada su prudencia y su valía en múltiples ocasiones, aspiraba además ahora al patronazgo de una ciudad que por sus cualidades y proyección mereciera su protección. Callaba para sí, sin embargo, otra razón de peso que justificaba también sus inclinaciones. Tiempo atrás, el funesto día en que abandonara ultrajada la fragua de Hefesto portando al recién nacido en sus brazos, había decidido encomendar su cuidado a las hijas del prudente monarca de Acte, a quienes se lo había entregado en una canasta. Desde entonces, Erictonio, pues así había bautizado a aquel «nacido de la tierra», ocupaba con frecuencia los pensamientos de la diosa casta, quien velaba discretamente por la educación y la suerte del pequeño. Sus afectos estaban pues con Acte por varias y profundas razones, no todas desveladas ni desvelables.

—Sé, además, que son muchas las gentes de la ciudad que te rinden culto y que solicitan tu protección en el templo que te han erigido —el suave meandro que trazaban las palabras de Zeus en la conversación apuntaba a un feliz desenlace para los propósitos que habían llevado a Atenea a su presencia. Sin dejar de temer, y de censurar para sí, sus coléricos arrebatos, la unigénita había aprendido pronto a torcer en su favor la voluntad del soberano, quien sentía por ella especial predilección. Una repentina irrupción impidió, sin embargo, que la audiencia concluyera como la diosa deseaba.

—No son menos los bueyes que arden en Acte en las piras a mí consagradas.

Zeus y Atenea se volvieron bruscamente para identificar al autor de aquellas palabras, que resonaron entre los altos muros. De pie, frente a ellos, la imponente figura de Poseidón los desafiaba con su magnífica complexión, sosteniendo el áureo tridente en una mano y mesándose la rizada barba con la otra. Como quiera que Atenea se aprestara a intervenir, Zeus le impuso silencio alzando una mano y, dirigiéndose a Poseidón, le conminó a exponer sus razones. El dios de las aguas dedicó una mirada gélida a la diosa antes de continuar.

—La ciudad, como es bien sabido, se asoma también a mis dominios. Y si bien nada parece amenazar hoy su prosperidad, su futuro y la ambición que late en sus entrañas a mis designios están unidos. Eso lo han sabido entender ya los habitantes que erigen un templo en mi honor, que en nada envidiará, por cierto, al de tu hija —arguyó el dios, señalando a Atenea con el tridente al referirse a ella.

Lejos de amedrentarse, la diosa dio un paso al frente e intervino, antes de que Zeus pudiera hacerlo nuevamente.

—No es orden ni paz lo que brindaría tu patronazgo a Acte, bien lo sabes —pronunció con firmeza, sus formidables ojos fijos en los del dios marino.

—No, desde luego, aquel al que aspiran tus artesanos y labriegos, con su rey a la cabeza —respondió displicente Poseidón—, pero sí el orden nuevo, el que nace del hambre y del afán de gloria que palpita en el corazón de tantos hombres de mar como ya la pueblan. La ciudad está llamada a gestas más grandes que la cosecha de sus viñedos.

Iba ya a replicar otra vez Atenea a su adversario, cuando Zeus tomó de nuevo la palabra para dirimir el conflicto, que amenazaba con escalar su encono.

—Cese ya la discusión. Ambos habéis dado cumplida cuenta de los motivos que justifican vuestra especial querencia por la ciudad y sus gentes, así como el deseo de unir vuestro nombre al suyo y brindarle protección. Dichas razones, siendo diferentes, son empero parejas en peso. Sean pues la propia ciudad y su prudente soberano quienes resuelvan el litigio. En los días siguientes, cada uno de vosotros tendrá ocasión de brindar un regalo a la ciudad, de tal modo que el don que sea juzgado como más ventajoso por Cécrope y su pueblo conceda a quien lo ofrende la victoria final en este duelo, victoria que la otra parte habrá de acatar sin discusión. ¿Aceptáis ambos tales condiciones?

—Sea como dices —respondió al punto Poseidón.

—Sea —asintió Atenea.

—Partid ahora y obrad con la mejor voluntad. Pronto sabrá Cécrope que sus plegarias han sido escuchadas.

◇◇◇

Fue Poseidón el primero en hacer acto de presencia en la codiciada ciudad. Acte despertaba todavía, acariciadas las blancas fachadas por las primeras luces del alba, cuando el dios se elevó sobre su acrópolis en majestuoso vuelo. Después descendió suavemente, hasta quedar suspendido a pocos palmos del promontorio. Entonces elevó su áureo tridente hacia el cielo y, con un gesto enérgico y seco, golpeó con su base la dura roca. Al punto comenzó a manar agua del lugar en el que la divina horquilla había herido el mineral. Obrado el prodigio, el dios, satisfecho, regresó al cercano mar. Si su temprana aparición había pasado desapercibida a los pobladores, no lo fue así el extraordinario regalo que con ese gesto les había brindado. El

agua fluía de la fuente con tanto brío que, pocas horas después, habíase formado un lago interior en la zona alta de la ciudad, para asombro de los habitantes, quienes, corrida ya la voz por todos los barrios, se agolpaban en multitud para contemplar el milagro. En el ánimo del gentío, el asombro y la curiosidad se mezclaban, atemperados, con el desconcierto y una vaga inquietud. ¿Qué significaba aquel fenómeno y a quién se debía?

Cécrope fue uno de los últimos en llegar hasta la acrópolis, acompañado de su cortejo, y uno de los primeros en comprender qué acontecía.

—Está claro, Aglauro —dijo a su esposa, mientras la multitud se abría respetuosa para dejarles paso— que Zeus ha escuchado mis ruegos. Este portento es sin duda obra divina.

Ninguno de los presentes se había atrevido todavía a acercarse a las misteriosas aguas, cuando un niño corrió hasta la orilla misma y, agachándose, tomó un poco de agua en sus manos. Sin que nadie acertara a impedirlo, acercó sus labios al agua. Todos contuvieron por un segundo la respiración, hasta que exclamó: «¡Está salada!». La noticia se propagó rápidamente. El más corpulento de un grupo de recios marineros de los congregados allí elevó su ronca voz por encima del resto.

—¡No hay duda, esto es obra de Poseidón! ¡El dios ha traído el mar a la ciudad! —profirió con júbilo. Los murmullos se multiplicaron. Muchos se sumaban al alborozo, pero en otros persistía el recelo.

—¿De qué nos servirá esta agua si no podemos beberla ni regar con ella los huertos? —dijo quedamente una labradora al oído de su esposo.

En los corros se intuían ya los prolegómenos de un encendido debate. Iba Cécrope a intervenir para poner freno

al creciente desorden, cuando todas las cabezas se alzaron al instante y una exclamación de estupor brotó de los pechos como si fueran uno solo. Recortada contra el inmaculado cielo de la mañana, flotando sobre una nube, Atenea sobrevoló serena a los presentes y al flamante nuevo mar interior de Acte. Aglauro aferró con fuerza el brazo de Cécrope y este asintió levemente, sin dejar de mirar a la diosa, protegiéndose los ojos con su otra mano de la intensa luz que, confundida con la del sol, la figura de la ojizarca irradiaba.

Descendiendo suavemente sobre el concurrido promontorio, como antes hiciera Poseidón, Atenea, que sostenía en una mano su lanza, alzó la otra con el puño cerrado. A sus pies, la expectación era máxima. Abrió entonces su mano y, al hacerlo, liberó una semilla que cayó sobre el gredoso firme de la acrópolis, hundiéndose inmediatamente en él, impulsada por una fuerza sobrenatural. Transcurrieron unos instantes antes de que algo sucediera, en los que la diosa mantuvo su hierática pose y el mutismo de la multitud solo se vio roto, aquí y allá, por alguna voz que, queda, susurraba «¿qué acontece?», a la que otra respondía «es una semilla, la diosa ha plantado una semilla». Mas todos callaron cuando, al poco, Atenea extendió en el aire la misma mano y del suelo comenzó a brotar, al principio más lentamente y luego con sorprendente celeridad, el tallo de una planta que, robusteciéndose y anudándose como una serpiente, crecía en vertical y circular ascenso. La planta fue así tornándose árbol y del tronco principal comenzaron a nacer ramas que avanzaban en horizontal y se multiplicaban, originando nuevos tallos cada vez más finos. En todas ellas comenzaron a germinar enseguida también las hojas, tejiéndose así en

breve lapso una tupida copa, para pasmo de la multitud, que contemplaba el nuevo prodigio extasiada. Cuando la diosa retiró nuevamente su mano, todo Acte pudo contemplar, enhiesto sobre el pedregoso suelo y presidiendo la acrópolis, un olivo perfectamente formado, de cuyas ramas cimbreantes pendían ya los verdes frutos en apretados racimos.

—Contemplad, habitantes de Acte —dijo entonces Atenea—, el presente que aquí os ofrezco. Que su humilde porte no os engañe, pues, como vosotros, este árbol es capaz de arraigar y prosperar en el suelo más inhóspito y resistir los duros envites de la sequía. Son, además, varios los dones que atesora, de los que podréis extraer otros tantos beneficios. Su nudoso tronco y su apretado leño os proporcionarán madera para elaborar útiles, levantar casas y alimentar vuestros hogares en las frías noches. Su verde fruto no solo os brindará nutritivo alimento, sino que de él podréis extraer un fino aceite, semejante a líquido oro, con el que aderezar vuestras viandas y elaborar óleos y ungüentos medicinales, además de hacerlo arder en vuestras lámparas para ahuyentar las tinieblas.

Un murmullo de aprobación recorrió la multitud al escuchar las sabias palabras de la diosa. Cécrope acalló de nuevo a los presentes, pues la diosa no había concluido su parlamento.

—Son, en efecto, dos regalos distintos los que hoy ha recibido la ciudad. A Acte compete juzgar, y por tanto, a su monarca, si es la salada fuente otorgada por Poseidón o el olivo que yo os ofrendo el más preciado para sus habitantes. De tal decisión dependerá, pues así lo quiere Zeus, quién será la divinidad que acoja a la ciudad bajo su protección. Queda pues en vuestras manos —y, diciendo esto, la diosa desapareció.

La autoría del primer prodigio había sido por tanto constatada, y expuestos los motivos de aquel duelo con el que los dioses honraban a la joven y próspera Acte. ¿Qué don era, en efecto, el más preciado? ¿Habían de temer represalias del dios al que ofendieran con su rechazo? Las miradas fueron posándose ahora, paulatinamente, sobre Cécrope, quien, meditabundo, había guardado silencio hasta ese momento.

—Justo es comenzar alabando la magnanimidad de Zeus —habló por fin el soberano—, quien de tal manera ha dispuesto honrarnos, así como la de las deidades cuyos presentes acogemos con humildad y gratitud. Mas se nos pide que elijamos, y así lo haremos. Y juzgamos superior en beneficios al árbol que, a diferencia de la salada fuente, ante nuestros mismos ojos ha brotado. En verdad son más y más convenientes los dones que habrá de brindarnos, y no solo a los aquí presentes, sino a las generaciones venideras, que también podrán y sabrán aprovecharlos, pues tiene este presente la cualidad añadida, siendo uno, de poder multiplicarse, además de perdurar en el tiempo —así dijo y la ciudadanía aclamó mayoritariamente sus palabras—. Y en prueba de gratitud y respeto hacia nuestra benefactora —continuó— quede desde hoy unido a ella no solo el destino de nuestra ciudad y el de todos nosotros y nuestros descendientes, sino también su nombre. Que la antigua Acte se llame, a partir de ahora, Atenas, gema del Ática y predilecta de Atenea.

—Pero ¿y qué hay de la otra ofrenda? —clamó uno de los marineros entre los vítores que ya lanzaba la multitud.

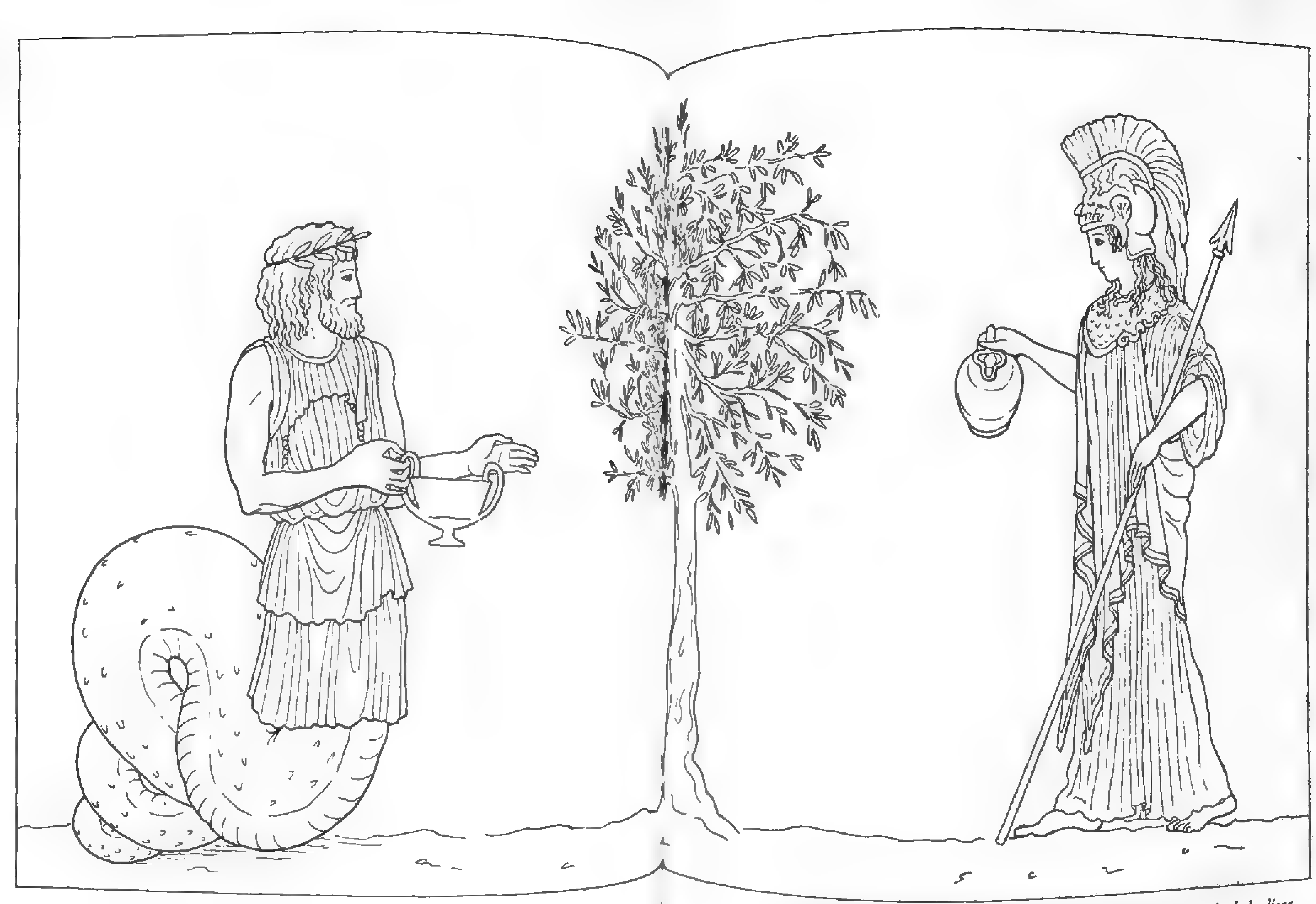
—Sepa el divino Poseidón —prosiguió Cécrope— que se le seguirá honrando en la ciudad como merece, y apréstense las tareas para concluir cuanto antes el templo que a él se

erige en el promontorio de Sunion, donde cien bueyes serán ofrendados en su honor en cuanto esté terminado. A ese templo lo seguirán otros, y al dios continuarán encomendándose nuestras naves al zarpar.

No había acabado de pronunciar estas palabras Cécrope, cuando la atmósfera se enrareció de súbito y el cielo cambió de color. Un fuerte viento agitó las túnicas y peplos de los allí congregados. Los signos de una inminente tormenta se hicieron palpables en el ambiente y el desasosiego cundió entre el gentío. Al poco llegaron noticias desde la costa, traídas por un estibador que llegó a la carrera, de que en el ancho mar se levantaban montañas de espuma y que olas gigantescas avanzaban hacia tierra desde el negro horizonte. «Hemos ofendido al dios», se alzaron varias voces aterradas. Cécrope permaneció inmutable y alzó los ojos en dirección al Olimpo, en el mismo momento en que allí clavaba Atenea los suyos en Zeus, exigiéndole el cumplimiento del pacto. Se abrió entonces el cielo y de sus entrañas brotaron no uno sino dos rayos cegadores que cayeron sobre el mar enfurecido en fulminante sucesión, aplacándolo al instante. Entonces amainaron los vientos y se amansaron las aguas. La luz enrarecida, que había quedado como prisionera, agonizante entre la tierra y el cielo, recobró su diáfano brillo y volvió a bañar las casas encaladas. Cécrope tomó de nuevo la palabra.

—El asunto que aquí nos ocupaba ha sido justamente dirimido. Regresad pues atenienses a vuestros hogares y honrad a la diosa que nos ha bendecido con su protección.

Obedecieron los ciudadanos al sabio monarca y emprendieron ordenado camino a sus hogares y a los quehaceres que aquellas intensas horas de prodigios les habían obligado



Cécrope y los habitantes de Acte observaron complacidos el regalo de la diosa.

a dejar en suspenso. Comenzaba así, algo avanzada, la primera jornada de la nueva ciudad de Atenas, mientras el poderoso Poseidón, derrotado por la superior inteligencia de la joven diosa, juraba venganza desde las profundidades.

◇◇◇

Los días transcurrían serenos y apacibles en la próspera Ática, y Atenea se complacía estimulando la laboriosidad responsable de aquella bonanza. Gastaba la diosa con frecuencia su tiempo en poner a punto nuevas invenciones que paliaban las fatigas de hombres y mujeres y equilibraban el desigual combate que en su cotidianidad libraban los frágiles mortales contra las innúmeras asperezas de un mundo todavía salvaje y hostil, reacio a ser doblegado. A ella se encomendaban los carpinteros cuando, usando la plomada por ella inventada, trazaban recta la quilla de las naves que construían para surcar con ventura el peligroso mar, espumeante por la rabia del divino Poseidón, que se veía así nuevamente desafiado. No era menor la pleitesía que le rendían los artesanos de todo tipo y condición, pues era el hálito de la ojizarca el que, a través de las manos de aquellos, sabiamente guiadas, insuflaba vida al nuevo mundo humano, de objetos propios, que cada día germinaba, acrecentado, en cada torno, horno y taller. Y qué decir de las hilanderas, que, instruidas por la diosa, se afanaban como industriosas arañas en la factura de intricados tejidos y prendas con los que protegerse de las inclemencias, denotar el rango y cubrir la desnudez que a la propia deidad tanto turbaba. No era pues de extrañar la veneración que la protección y el magisterio de Atenea inspiraban y los muchos templos que en su honor levantaban los hombres en toda la región.

Andaba la diosa enfrascada aquellos días en el perfeccionamiento de un ingenio que aliviara las fatigas de la siembra, cuando reparó en la inusual cantidad de gentes que se concentraban en uno de los últimos templos a ella erigidos, junto al río Tritón. Cada vez eran más los devotos que acudían allí para rendirle culto y presentarle ofrendas. En las piras ardían sin descanso las vísceras de bueyes, corderos y vacas y las libaciones se sucedían día y noche. Gran excitación embargaba a los que aguardaban su turno para cruzar el umbral del templo y muchos, al abandonarlo, lo hacían presa de un extraño rapto que dibujaba en sus rostros un gesto abstraído y melancólico. La diosa se complacía en su morada olímpica de aquella gran afluencia, y no era parte desdeñable de tal regocijo la que satisfacía su natural competitivo y algo vanidoso. ¿Acaso Ártemis o Afrodita, o, sobre todo, Poseidón, a quien había vencido hacía tiempo en justa lid, gozaban de una devoción similar entre los mortales del Ática?

Andado un tiempo, sin embargo, llegó a sus oídos algo que la irritó profundamente. Si bien era cierto que ella imperaba como ninguna otra deidad entre los habitantes de aquella tierra, también lo era que al gran número de adoradores que se congregaban últimamente en aquel templo contribuía también otro factor, por entonces ya un secreto a voces en la región. En el santuario había entrado a servir como sacerdotisa una joven de extraordinaria belleza que respondía al nombre de Medusa y cuya áurea cabellera había cobrado gran fama.

«Podría rivalizar con la de la misma Atenea», había escuchado la diosa decir a un campesino una tarde que, de incógnito, se paseaba por los aledaños del templo.

La conducta sumisa y pudorosa de la muchacha, que se aplicaba con celo a sus tareas y no daba importancia a las ardorosas miradas y encubiertos gestos con los que trataban de cortejarla muchos de los llegados al templo con intenciones poco pías, aplacó la furia inicial de su señora. No había tacha en el comportamiento de la sacerdotisa, que durante el servicio parecía ajena a su propio atractivo y al influjo que ejercía. Con una sola salvedad: a primera hora de la mañana, cuando acudía al cercano río a lavar las prendas, aprovechaba para lavar también su portentoso cabello y cepillarlo delicadamente, mientras contemplaba largamente, complacida, su reflejo en las aguas. Fue así, sin embargo, como Poseidón supo también, por boca de Tritón, de la existencia de la doncella.

—Hay, padre, en el templo de Atenea que se levanta en mis orillas —le dijo—, una joven sirvienta de belleza arrebatadora, de gráciles miembros y divina cabellera, que cada mañana acude a peinarse al río y se mira ufana en mi corriente. No son pocos los que acuden al templo solo por verla y seguro que no deben regresar decepcionados.

Encendido por aquella descripción y espoleado en su orgullo por la posibilidad de zaherir el de Atenea, Poseidón tramó un secreto asedio para seducir a Medusa. Transformado en un pastor de pelo ensortijado y recio porte, se presentó un día tras otro en el santuario hasta que Medusa no pudo más que reparar en el sobrehumano magnetismo que desprendía la mirada de aquel humilde devoto, cuyo silencio y discreción respetuosos tanto contrastaban con las puntuales faltas de decoro que mostraban otros hombres allí llegados. Aquella presencia hipnótica, callada pero persistente, terminó por ser insoslayable. Excusadas por su pía apa-

riencia, las visitas fueron haciendo lenta mella en la atención y el corazón de la joven, hasta tal punto en que un día, cuando él hacía una ofrenda votiva, ella se sorprendió dirigiéndole la palabra:

—¿En qué quedará tu rebaño si sigues sacrificando tus reses así? —le dijo, dejando reposar un instante en el suelo la tinaja de aceite de oliva que portaba.

Ya se iba a retirar sin esperar contestación, avergonzada por su propia osadía, cuando el falso pastor la tomó del brazo y, mirándola a los ojos, le respondió.

—¿Qué mejor destino que inmolarlas en el altar de aquella a quien se ama y se venera? —Los ojos de Medusa se abismaron por un instante en los centelleantes del dios, antes de volverse y alejarse con precipitación, su áurea melena refulgiendo bajo el sol pelasgo. Al retirarse bruscamente derramó sobre la pira algunas gotas del aceite, que las llamas, avivadas, devoraron al instante con fruición.

∞

Diosa y sacerdotisa eran presa del insomnio aquella noche. En las mayestáticas alturas del Olimpo, Atenea daba febril y feliz remate al útil en cuya factura había trabajado durante varias jornadas y con el que pensaba obsequiar a los labriegos áticos. Satisfecha, equilibraba la esteva que permitiría guiar a voluntad la acción de aquel ingenio, un arado, para roturar la tierra mediante la reja que llevaba aparejada en su otro extremo, de modo que la tierra pudiera removerse de manera más sencilla, uniforme y eficaz a la hora de plantar la simiente y hacerla germinar. Incapaz también de dormir por una agitación que era nueva para ella y que le causaba a un

tiempo una excitación y un desasosiego profundos, Medusa se levantó del lecho y caminó por el interior del templo desierto en busca de brisa y de agua fresca para apaciguar su sobresalto. Al llegarse hasta una de las cantarinas fuentes que adornaban su interior, quedó petrificada. Allí mismo, a escasos pasos, erguido frente a ella, se encontraba el secreto objeto de sus desvelos, sus facciones perfectas tenuemente iluminadas a la luz del fuego sacro que ardía en cada esquina.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has...? —Medusa no pudo concluir su pregunta. Unos brazos poderosos ya la asían con fuerza, estrechándola contra un pecho que palpitaba con violenta pasión. Aún presa del aturdimiento, la joven cedió al primer abrazo sin oponer resistencia, mas pronto recuperó el dominio de sí misma y, ante la efigie de Atenea, trató de desasirse desesperadamente. Todo fue en vano. Ya Poseidón había adoptado su verdadera forma y, empujándola bajo su descomunal peso, sofocó sus gritos sordos con una mano, mientras la poseía sobre el suelo del templo.

Especulaba en ese momento para sí Atenea, entre temerosa y ufana, sobre la reacción que aquel nuevo invento suyo habría de provocar en Gea por la sacrílega violencia que la herramienta no dejaría de ejercer sobre el seno de esta diosa antigua y poderosa para fecundarla, cuando el trance creativo en el que se encontraba se vio bruscamente interrumpido por las señales de violencia procedentes de su propia casa. Abandonó presto su tarea y puso alado rumbo al templo.

Con cada embestida del dios, doblemente excitado por la profanación que cometía, crecía la angustia de Atenea, quien alcanzaba ya la rivera del Tritón, sabedora de que algo nefando acontecía en la oscuridad del templo. Cuando llegó



Medusa trató de desasirse de los brazos de Poseidón desesperadamente.

allí, la escena que contempló la llenó de repugna y turbación. Aún desnudo, concluida su salvaje agresión, Poseidón se incorporaba. Dejando postrada a Medusa, tejió el dios una propicia neblina en torno suyo y huyó, antes de que Palas, ofuscada, pudiera detenerlo. Solas quedaron frente a frente la sacerdotisa ultrajada y su diosa. Las fuentes del templo regurgitaban a borbotones, el agua brotando a irregulares espasmos de los caños. Medusa sollozaba y la fría piedra de los muros le devolvía su propia amargura en forma de débil eco. Sin fuerzas para levantarse, incapaz de resistir tampoco la mirada terrible de la diosa, se arrodilló frente a Atenea. Sus famosos cabellos caían desordenados por su rostro y su pecho húmedos. La diosa permanecía inmóvil. Un ligero temblor se iba apoderando sin embargo de sus miembros a medida que la profunda turbación se transmutaba en una cólera irreprimible. Pues no era solo la profanación del sagrado recinto, era también la visión de aquella cabellera ostentosa —que, en verdad, se daba cuenta, podía competir en belleza con la suya— la que, de algún modo, a su pesar y nublando su prudente juicio, avivaba su ira y sus celos. Por otra parte, lejos de aplacarlos y de motivar su compasión, la cualidad especular que aquella desgraciada estampa revestía la ultrajaba tanto más cuanto más la removía y perturbaba. ¿Cómo se atrevía una mortal, voluntaria o involuntariamente —la candidez de Medusa solo la encolerizaba más— equipararse así con ella?

—Es a una diosa a quien has humillado dejándote ultrajar así —habló Atenea—. Es tu intolerable vanidad la causante de todo esto y es, por tanto, tu vanidad la que debe ser castigada sin clemencia —continuó, mientras Medusa sollozaba, aún postrada—. Esa cabellera de la que presumes y

que ha sido tu perdición no lo será más. Que se conviertan tus cabellos en venenosas serpientes y tu mirada petrifique a quien se atreva sostenerla a partir de hoy, para que nunca más puedas deshonrarme deshonrándote. ¡Devén pues monstruosa criatura y paga por tu falta!

No más hubo pronunciado Atenea estas palabras, cuando los cabellos de la joven comenzaron a perder su áureo brillo y a adquirir un tono oscuro y cobrizo, al tiempo que se encogían y se retorcían violentamente, como queriendo desarraigarse de cuajo de su otrora delicada cabeza. Imbuidos de vida propia, fueron arracimándose, formando haces gruesos y escamados, hasta convertirse en nerviosas hidras de lengua bífida. Medusa gritaba de espanto y de dolor. Podía sentir cómo las cuencas de sus ojos se secaban y cómo estos se endurecían cada vez más, congelados en una mirada eterna y terrible, de piedra. Ya no podía llorar. Como aplastada por el peso de una vergüenza inconmensurable, su espalda se encorvó; su tez se tornó grisácea y la piel se cuarteó en sus articulaciones, repentinamente envejecidas, reacias a sostener al ser terrible en que se había convertido.

—¡Huye a esconderte en las entrañas de la tierra y sé maldita por siempre! —le ordenó por última vez Atenea.

A ciegas, desesperada, emitiendo sonidos y chillidos cuyo hórrido timbre ella misma no reconocía, al borde mismo de la locura, chocó con los muros, hiriéndose repetidas veces, buscando una salida hasta encontrarla.

∞

Cortando el viento, el carro de Atenea semejaba hendir con sus broncíneas ruedas de ocho radios los campos beocios,

medio palmo por encima de ellos. De pie y levemente inclinada hacia delante, la diosa azuzaba a las portentosas yeguas. El sol refulgía en el oro de las placas caladas y los ornamentados bocines del eje, como si sus rayos salieran despedidos con violencia en todas direcciones al entrar en contacto con la velocidad del móvil y su giro. En la encrucijada donde se dan cita los caminos que conducen a Tespias, Haliarto y Coronea, la divina auriga maniobró para enfilar este último y poner rumbo al recinto perfumado y los altares a ella erigidos a orillas del río Curalio.

Aunque sus ojos permanecían adheridos a la ruta y la sola energía de su determinación pareciera bastar para propulsar el macizo carro sin necesidad de las bestias, su mente alada transitaba otros paisajes, diferentes al de la ardiente llanura que tan pronto se abría ante sí como se suturaba, vertiginosa, a su espalda. Ajena a la muerte, la diosa lo era también al remordimiento, pero algo aguijoneaba el por lo usual sereno flujo de sus pensamientos. A su memoria acudían sin ser convocados los alaridos de Medusa en aquella noche fatídica. ¿Por qué había de perturbarla su recuerdo? Una de las yeguas relinchó al salvar un obstáculo, a punto de desyuntarse, pero Atenea maniobró con habilidad, fijando de nuevo el rumbo con ayuda del timón. Más allá del engaño urdido por Poseidón, la mortal debía ser castigada por su vanidad, no había duda de ello. Y, sin embargo, no eran tanto el castigo en sí, ni siquiera su crueldad, como la probable desproporción y el carácter airado de su dictamen los que impedían a la diosa dar el asunto por zanjado. Le preocupaba la irrupción esporádica en sus reacciones de una virulencia irracional e inmoderada, exactamente la

misma que tanto le irritaba en la conducta de Ares, o en su propio padre, y que tan a menudo censuraba. Devota de la armonía, lo era también de la equidad y del justo medio. Su pulso no temblaba jamás, era cierto, a la hora de batirse, pero siempre procuraba hacerlo armada de razones y agotadas otras posibilidades para resolver el conflicto, rara vez impelida por la sed de venganza. La reparación solía ser para ella, a diferencia de para otras divinidades, como el propio Ares, una cuestión de orden y equilibrio, de su reinstauración necesaria, no de satisfacción personal ni de sometimiento a una baja pasión incontrolable. Estaba en la propia naturaleza reflexiva y perspicaz de la diosa, por tanto, la capacidad para advertir indicios de vanidad y rencor en su propio obrar que excedían lo sanamente atribuible a su carácter varonil y competitivo. Era esa, y no otra, la desmesura que, atentando contra su proverbial prudencia, la azoraba justamente en aquellas horas.

En estas disquisiciones andaba enfrascada Atenea cuando la silueta del templo se hizo visible en el horizonte. Muy cerca, de pie junto al camino, aguardaba también la menuda figura de la ninfa Cariclo. Tirando de las bridas, la auriga redujo diestramente la velocidad del tiro hasta detener el carro junto a la graciosa criatura que, a un leve gesto de la diosa, subió sonriente al carro con ella. Era aquel un privilegio del que solo gozaba Cariclo entre otras divinidades menores y sirvientas de Atenea, pues era grande el solaz que su compañía proporcionaba a la diosa y habíase tejido entre las dos, con el tiempo, una discreta complicidad. A Atenea le complacían en grado sumo el ingenio y el alegre desparpajo de la ninfa, así como su voz melodiosa y cristalina. Singular-

mente dotada para el canto y el baile, Cariclo presidía muchas veces los cánticos y danzas que en su honor ejecutaban las ninfas y hasta las mismas musas en los escasos ratos de asueto que Atenea se concedía.

Era precisamente la agitación de los últimos días y noches la que había instigado en la diosa la apetencia de reunirse con Cariclo para distraerse. Y algo intuyó de su inquietud la sagaz ninfa al subir al alado carro, pues, con el tiempo, como otrora hiciera Palas, había aprendido a desentrañar las muy contadas señales que a veces emitían aquellos ojos glaucos, la apabullante antesala de un espíritu tan recio como reacio, por lo general, al escrutinio ajeno.

Atenea puso rumbo al monte Helicón y a la amena fuente Hipocrene que brota en su falda. Una vez allí, la diosa refrescó primero a sus poderosas monturas, limpiando el polvo de sus lomos y cepillándolas, pues solo después de haber atendido a estas se dejaba agasajar ella misma por Cariclo y otras ninfas del lugar, quienes lavaban sus ropas y la ungían con delicados aceites después de bañarla y de peinar sus cabellos.

Luego de estas atenciones, ambas reposaron junto a la cantarina fuente de la que brotaba el agua para serpear después con ímpetu a través de las varias terrazas que salvaba para demorarse, más adelante, oscurecida, en una tranquila y profunda ensenada. Abandonada a la placidez del día y estimulados sus agudos sentidos por la propia musicalidad de la fuente, la diosa tomó el aulós y extrajo de su doble caña una delicada cascada de notas que emulaban, compitiendo con ellas, las que las aguas arrancaban de la roca al descender. Aupada a una de las terrazas, Cariclo danzaba grácilmente a su son, para deleite de Atenea. El carro de Febo se alzaba



espléndido en mitad del cielo y el verdor del follaje tupido que abrigaba aquel remanso refulgía con una intensidad embriagadora. La quietud era perfecta, como perfecta era la armonía entre melodía y gesto, música y danza. La montaña misma parecía henchirse, embelesada por aquel dulce eco y su serena, secreta matemática. Al borde mismo del rumoroso arroyo, la ninfa ejecutó con gracia una pirueta de especial dificultad. La diosa rio al contemplarla. Comenzaba a apretar el calor y, algo fatigada y sofocada por el ejercicio, la ninfa sugirió a Atenea que tomaran un baño para refrescarse.

—Es una excelente idea —respondió Atenea y, dejando a un lado su instrumento, se desató junto a Cariclo el broche del peplo para adentrarse ambas en la cristalina poza, riendo al sentir el frío contacto del agua en la piel desnuda.

Quiso sin embargo la fatalidad que, en aquel momento, vagara cerca del lugar, acompañado por sus perros, el joven hijo de la ninfa, el pastor Tiresias, cuyo mentón apenas había empezado a oscurecerse con la primera barba aquella estación. Sediento, el muchacho se llegó junto al río, en la orilla opuesta a la del remanso en la que la diosa y su madre tomaban el baño. No más atravesó la exuberante fronda y se acercó al cauce a beber, quedó inmovilizado por la repentina visión de la nuda figura de la diosa. Jamás habían contemplado sus ojos unos níveos miembros como aquellos. El ladrido de uno de sus perros traicionó su presencia. Con fulgurante brusquedad, Atenea se volvió y, al descubrir al muchacho que, paralizado, la observaba desde la otra orilla, se cubrió el cuerpo con los brazos y las manos. Una violenta turbación se apoderó de ella y, antes de que Cariclo pudiera intervenir, su pudor tornó a convertirse en cólera, sentenciando al infeliz intruso.

—¡Seas quien seas, pagarás caro tu atrevimiento! A ningún mortal está permitido ver el cuerpo desnudo de una diosa contra la voluntad de esta. Tus ojos lo han visto, pero no volverán a ver el sol.

Todavía en el agua, Cariclo se arrodilló sobre el lecho del río y gritó compungida:

—¡Detente! ¡No lo hagas, te lo ruego!

La súplica fue en vano. «¡Madre!» fue todo lo que acertó a decir el muchacho antes de que una noche eterna cayera sobre sus ojos y el dolor trabara sus rodillas. Así quedó, como petrificado, en la misma orilla, incapaz de hablar o de moverse, presa de un angustioso terror. Quebrada la quietud del secreto recodo, la voz de Cariclo se elevó desgarradora hasta la cumbre del Helicón como un cristal hecho añicos, abriéndose paso a duras penas entre las convulsiones de su propio llanto.

—¿Qué le has hecho a mi hijo? ¿Así es como honráis la amistad las diosas? ¡Me habéis arrebatado los ojos de mi hijo! ¡Devolvédselos! —gritó con rabia, apretando los puños de tal modo que estos se tornaron lívidos. Aquellas palabras, rayanas en la afrenta, corrían el riesgo de soliviantar aún más a la diosa, que respondió con engañosa frialdad.

—No es capricho de mi voluntad lo que acaba de suceder, sino dictamen de las moiras, cuyos hilos habían tramado ya el destino de tu hijo desde que lo alumbraste. Y así rezan las leyes de Crono, quienquiera que vea a alguno de los inmortales cuando este no lo desea, ha de pagar un alto precio por ello. No me es lícito violarlas ni deshacer el castigo —dijo Atenea sin mirar a Cariclo, sus ojos fijos todavía en el desdichado Tiresias.



—¡Hijo mío, desventurado! —sollozó la ninfa, empapada en agua y lágrimas, avanzando en busca de Tiresias—. Has visto el pecho y los costados de Atenea, mas ya nunca volverás a ver el sol. ¡Infausto Helicón, nunca volveré a pisar tus laderas! ¿A qué tan injusto y cruel canje, Palas? ¿Acaso esto te satisface?

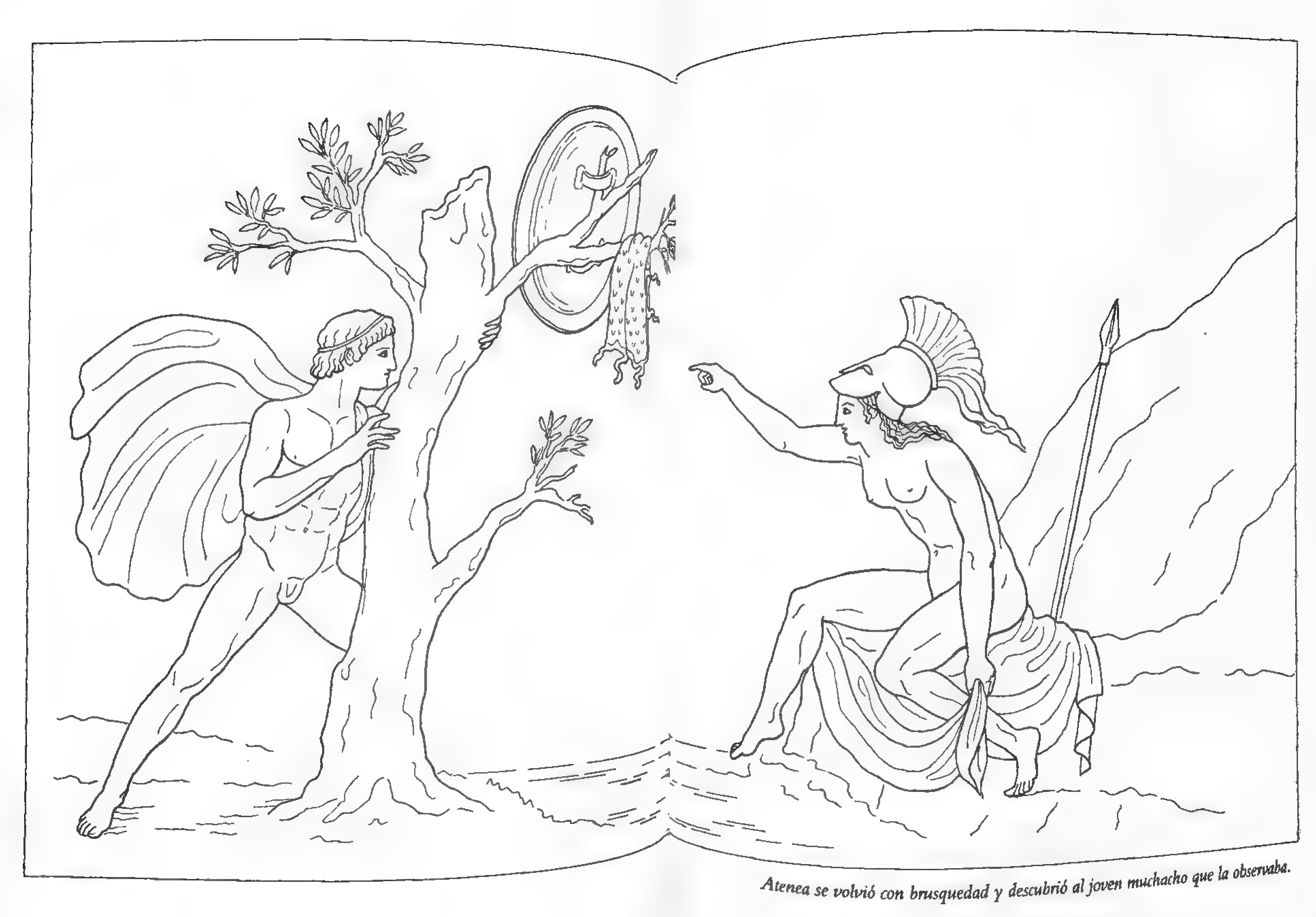
Eran la desesperación y la impotencia las que hacían hablar así a Cariclo, sabedora del castigo que podía merecer dirigirse de tal modo a un dios, sin importar cuán íntima era o había sido su relación con la poderosa Atenea. Por eso, un escalofrío recorrió su espalda al dársela a la diosa para vadear el cauce y correr a abrazar a su hijo, ambos todavía al albur de la furia divina.

—Que me arrebaten a mí también los ojos y seamos los dos malditos hasta el fin de nuestros días, si así ha de ser —dijo para sí la ninfa, despechada.

—Madre… —acertó a suplicar de nuevo Tiresias cuando esta lo rodeó con sus brazos, besando sus cabellos—. Mi niño, mi niño… —le repetía ella intentando confortar su dolor y aplacar los temblores que sacudían su frágil cuerpo.

Cuando la ninfa notó el contacto de una mano sobre su hombro desnudo, aferró a su hijo con más fuerza aún. Cerró los ojos, decidida a soportar el castigo que sobreviniera. No llegaron sin embargo ni el golpe ni la maldición. Con delicadeza, Atenea, ya vestida, cubrió también a Cariclo con su peplo. Luego habló con voz serena.

—Has perdido la vista conforme a la ley divina, pero yo te otorgaré dones que harán que veas lo que otros no pueden ver. Tus oídos serán aclarados y purificados de tal modo que podrás comprender el lenguaje de las aves y conocer, por ellas, el futuro. Yo te concedo el don de la profecía, Tiresias.



Atenea se volvió con brusquedad y descubrió al joven muchacho que la observaba.

—El muchacho se liberó por un momento del maternal abrazo y alzó hacia el cielo su cabeza ciega. Pidió a su madre que contuviera el llanto un momento, pues a sus oídos llegaban ahora en exuberante amalgama un sinnúmero de sonidos nuevos y delicados que aún no era capaz descifrar.

—Te otorgaré también —prosiguió Atenea— un bastón que conducirá tus pies a donde ellos quieran ir, sin necesidad de que tus ojos les muestren el camino, y disfrutarás de una vida larga. Cuando mueras, es mi voluntad también que conserves intactos estos talentos en el mismo Hades.

Cariclo reanudó su llanto. De haber vadeado el río de espaldas, con sus ojos fijos en los de la diosa, tal vez hubiera podido advertir en ellos el intenso combate que en el interior de su dueña libraban fuerzas contrarias, principios y pasiones. En el tiempo que tardó la madre en llegarse hasta su hijo, mientras las paredes del Helicón repetían aún su despechada queja, la diosa, que los observaba desde la otra orilla, había convocado la imagen de Erictonio y, apiadándose de madre e hijo, había sabido aplacar su ira.

Y, sin embargo, la confianza entre ambas, las dos lo sabían, se había quebrado para siempre. El mismo telón que había caído sobre los ojos del niño había caído también sobre su intimidad, la de ellas, truncándola. Madre y diosa se miraron en silencio por última vez. Una bandada de pájaros alzó con estruendo el vuelo desde las copas de los álamos que crecían en la ribera. Con un sollozo, Tiresias enterró los oídos entre sus manos.



5

Guerra y paz

Las altas llamas se tornaban de un regio púrpura al crepitar en los azules ojos de la diosa. En el iris severo de Palas, ardía Troya. Diez años había durado la sangrienta contienda que ahora concluía con una orgía de sangre y fuego bajo la negra noche. Diez años desde que la miríada de cóncavas naves arribaran a las playas troyanas tras surcar el vinoso mar y de sus entrañas de madera brotaran las huestes de los griegos, innúmeros como las hojas que brotan en primavera. Diez años desde que la flor y nata de la Hélade, bajo el mando de Agamenón sitiara la ciudad y exigiera la devolución de la bella Helena, la legítima esposa de Menelao, rey de Esparta y hermano de Agamenón y, quien había sido seducida y raptada en su propio palacio por el troyano Paris, hijo de Príamo y predilecto de la siempre intrigante Afrodita. Desde entonces, la feraz llanura del Escamandro se había teñido mil veces de sangre, héroes de uno y otro bando, semejantes a dioses, habían



perdido su vida y hasta los mismísimos inmortales, moradores del Olimpo, se habían enfrentado entre sí, ebrios de lucha. ¿Con qué fin?, se preguntaba en aquella hora grave la unigénita.

Desde una escarpada cumbre del Ida, la que había sido una de las divinas valedoras de los aqueos, contemplaba, sola y en silencio, el postrer instante de la bien construida Troya, el flamígero y terrible fulgor con que la ciudad resplandecía por última vez antes de desaparecer para siempre devorada por el fuego, el capricho de los dioses y la locura homicida de los hombres. Erguida, la diosa sostenía en una mano el áureo casco de doble crestón y cuatro puntas y, en la otra, la larga y pesada pica cuya broncínea punta doblegara inmisericorde filas enteras de troyanos. La larga melena le caía desordenada sobre la ensangrentada égida de Zeus que protegía su pecho. Hasta la cima del monte ascendían el hedor a muerte y el griterío ensordecedor de la matanza, que se prolongaba desde hacía horas. Largas columnas de humo negro obstaculizaban el avance de la aurora. Los días de aquellos diez años parecían confundirse en un solo y rojo día, interminable. O una sola y roja eterna noche. ¿Con qué fin?, se repetía la guerrera temible. ¿Saciar la sed de venganza? ¿A tanto ascendía el oprobio? ¿Tanta satisfacción reportaba ahora el brutal castigo?

Durante la década que la guerra había consumido, la ojizarca se había mezclado con las falanges aqueas insuflándoles valor y apretándolas para el combate, había desequilibrado por momentos la infausta lid brindándoles su protección, había conspirado y combatido, había encendido el pecho de los héroes griegos a tal punto que alguno, como el osado Diomedes, se atreviera a retar y hasta a herir a los mismísimos dioses. En el curso del enfrentamiento, ella misma había hecho morder el

polvo a sus hermanos y vengado viejas afrentas en el cuerpo del terrible Ares y en el de la sensual Afrodita. Porque era Afrodita quien había desencadenado el desastre al conceder a Paris el amor de la mortal Helena como premio por juzgarla a ella la más bella entre las diosas, pero eran también Hera y la propia Atenea las que, heridas en su vanidad, habían avivado y perpetrado aquella guerra estúpida, por el despecho que la torpe elección del príncipe troyano les había procurado.

Con gran estruendo, un ala del palacio de Príamo se vino abajo, devorada por las llamas. En el aire pestilente se mezclaban el lamento de la propia tierra y el de la materia y la arquitectura colapsadas con el de los hombres y mujeres troyanos de toda condición, pasados a cuchillo sin clemencia por los asaltantes, similares a una manada de fieras, tales aullidos proferían en su feroz exterminio. En el interior de la ciudad, en las proximidades de las que hasta aquella noche habían sido sus inexpugnables murallas, ardía también, pasto del mismo fuego implacable, el gigantesco caballo de madera en cuyo interior se habían ocultado los más valientes de entre los griegos. Atenea lo contempló arder largo rato. Era ella quien había inspirado la ejecución de tal ardid al inspirar a Odiseo, rey de Ítaca, a quien la diosa favorecía por su gran astucia; y era también ella la que había guiado a Epeo, el focidio, el más hábil carpintero de los que plantaron su tienda en el ancho campamento aqueo, para acometer su factura. La ingenuidad y el júbilo de los troyanos, que creyeron en la simulada partida de los griegos y, acogiéndola entre sus muros, tomaron por sagrado presente aquella máquina de engaño, henchida su hueca panza de asaltantes, hizo el resto. Los fastos por la victoria en la casa de Príamo antecedieron

—De todos es sabida mi predilección por ti, Atenea. Pero una y la misma cosa son aquello que me preocupa y lo que excita esa vaga desazón que va enturbiando tu mirada. Lo que me pregunto es cuándo empezaste a aplicar esa voraz intelección tuya al propio orden que la sustenta, cuándo y por qué, en definitiva, dejaste de interrogar al mundo para interrogarte a ti misma y a tu conducta, que a nada debe responder y a nada, salvo a mí, debe someterse.

Atenea guardó silencio por unos instantes.

—Tal vez fuera en la época temprana, padre —dijo al fin, sonriendo—, en que empecé a cuestionar también la tuya.

El soberano frunció el ceño y se mesó la ensortijada barba.

—Supo tu madre más cosas que cualquier mortal o dios y, siendo también un enigma, no fue presa nunca del mismo desasosiego. ¿A dónde habría de conducir esa malhadada introspección, ese perverso macerar del conocimiento vuelto sobre sí mismo?

—Los hombres lo llaman, creo, sabiduría —replicó la diosa.

Zeus bufó con sorna.

—Fármaco ambivalente es ese *entonces*. Como lo son las técnicas y artes con que tú y ese tullido de Hefesto os empeñáis en obsequiar a los mortales y en cuyo manejo los adiestráis imprudentemente. ¿Acaso no ves que acabarán los infelices, nuevamente, por creerse dioses? Contempla si no, ahí debajo, el fantástico desastre al que conduce hacerlos partícipes de secretos como los del fuego y del metal —guardaba silencio Atenea—, mas tanto como la de la *técnica* me inquieta que contraigan los mortales la misma enfermedad que tú padeces y se tornen como ese favorito tuyo, Ulises, el hijo de Laertes, más cavilosos y esquivos, más astutos e introspectivos, presa

de la misma desazón, de modo que se tornen opacas sus entrañas a mi mirada.

—¿Te preocupan ahora los padecimientos de los mortales? —preguntó Palas mientras el último palacio de Troya se derrumbaba con estruendo con las primeras luces del alba.

—No, Atenea —respondió Zeus—, me preocupa que dejen de temernos.

Frágil imperio es el que se funda sobre el terror, pensó para sí Atenea, sin ánimo de poner de nuevo a prueba la paciencia de su padre, quien no podría devorar por siempre cuanto lo inquietara. Con todo, en algo llevaba razón el soberano, y era en señalar el doble filo que, en manos de los mortales, adquirían muchos de los divinos dones a ellos concedidos. Atenea lanzó una última mirada a la ciudad en llamas. Si tan solo volviera a otorgar un último presente a aquella raza tan frágil como terrible, que tanto la fascinaba, sería, se propuso, aquel que contribuyera a cercenar la infinita espiral del odio.

◊◊◊

Bajo el cielo plomizo, un silencio imponente realzaba las duras facciones del Pentélico y sus gargantas marmóreas, en cuyas profundidades fluyen umbríos manantiales y se abisman la luz y la cordura de los hombres. El hierático mutismo de la montaña se quebró cuando una figura humana apareció por el sendero que, serpeando por la cara meridional del macizo, conduce a la ciudad de Atenas. Exhausto, condenado a trastabillar repetidamente por querer imponer a sus piernas un ritmo que estas ya no soportaban, el hombre progresaba a empellones, jadeando, como poseído de una fuerza que consumía sus entrañas al mismo tiempo que lo arrojaba



hacia delante, una y otra vez, como un despojo. De su cinto pendía una espada con el filo ennegrecido por el coágulo y con un ramo de olivo entrelazado. Ennegrecidas estaban también sus manos bajo la tierra que a ellas se adhería cada vez que volvía a caer sobre el piso polvoriento. Su cuerpo bien formado no debía contar más de treinta años, pero algo en sus ojos febriles envejecía su gesto. A cada poco, giraba la cabeza y fijaba la mirada vacante en el tramo que acababa de dejar a su espalda, solo para renovar su desesperación y, con un sollozo, abalanzarse de nuevo sobre el siguiente recodo. Poco tardaba en volverse de nuevo, tirándose de los cabellos hasta casi arrancárselos.

Aquel fugitivo de mirada alucinada era Orestes, hijo y vengador de Agamenón, matricida, asesino de la asesina de su padre, su propia madre, Clitemnestra. Cuando logró por fin alcanzar la ciudad y cruzar sus murallas, ascendió hasta la acrópolis y, llegado a la estatua de Atenea, se arrojó a sus pies. Extenuado tras innumerables jornadas de huida frenética y vigilia, su cuerpo se derrumbó, presa del sueño.

En ese mismo instante, un llanto lacerante y sobrehumano reverberó entre las duras paredes de la misma montaña. Quienquiera que lo profiriese se acercaba ya también, inexorable, por el mismo sendero, a la capital del Ática.

◇◇◇

Lo que Orestes vio al abrir de nuevo los ojos le heló la sangre. No más recuperó la consciencia, exhaló un grito de terror y se abrazó a la estatua de la diosa. A poca distancia de él, rodeándolo desde el aire, se encontraban las que venían siguiendo con su vuelo el rastro de su mácula homicida durante las

mismas jornadas en vela. Sangre reseca circundaba la profunda cuenca de los ojos de aquella caterva informe de mujeres, con serpientes sibilantes a modo de cabellos, que, como un mismo ser, se apiñaban confundidas y agitando los andrajos de sus mantos negros al batir de sus alas monstruosas. Su fétido aliento lo había despertado. Las erinias, deidades vengadoras, habían alcanzado a su presa, y no la soltarían hasta vengar en su carne a la madre de aquel, muerta por su propia mano. De rodillas frente al altar, el fugitivo imploró la ayuda de la diosa.

—Oh, Palas, apiádate de mí y guárdame de las funestas que ni a sol ni a sombra cesan de perseguirme. Al límite de mis fuerzas y de la cordura, te ruego que me asistas, pues no fue sino por dar cumplimiento al sagrado oráculo de Apolo por lo que manché mis manos con la sangre de mi madre, que ahora las implacables me reclaman. Es el mismo Loxias quien me envía a ti. Apelo a tu clemencia y tu sabiduría, a tu fallo me someteré, sea el que sea.

Muy lentamente, con el ascenso del sol, la estatua comenzaba a proyectar su sombra sobre el suplicante. La enlutada comitiva se aproximó un poco más a Orestes.

—Tu sangre hemos de beber —le atormentaron las erinias, rodeándolo— para que expíes tu culpa, pues la sangre que derramaste no puede regresar de la tierra que empapó a las venas que seccionaste sin piedad. Paga por ello, o no habrá justicia entre los hombres ni nada que frene sus impulsos homicidas.

Callaba ahora Orestes y solo gemía, su juicio tan enflaquecido como sus propios miembros, como ellos extenuado hasta adquirir la fragilidad del cristal. Ya llegaban a él las erinias cuando Atenea, requerida por las súplicas, se apareció entre ellos adoptando forma humana.



—¿Quién solicita protección en mi ciudad? ¿Quiénes sois, extranjeros? —preguntó, mas no tardó en reparar en las terribles erinias—. Esperad, a vosotras os conozco, hijas de la lóbrega noche. ¿Qué infausto negocio os trae aquí?

Las erinias detuvieron su avance, todavía rodeando la estatua y al sollozante Orestes.

—Abrazado a los pies de tu estatua tienes al asesino de su propia madre —respondieron señalando al suplicante.

—¿Cómo pudo cometerse tal atrocidad? ¿Qué le impulsó a ello? —inquirió Atenea.

—¿Acaso importan los motivos? Estamos aquí para defender el derecho de los muertos. ¿Quién, si no, lo haría?

—Tenemos, por lo que veo, una causa. Pero solo escucho a una de las partes —respondió Atenea, observando al acusado.

—Poco importa lo que diga ese infeliz —intervinieron de nuevo las vengadoras—, ha violado los más sagrados juramentos.

—La justicia —replicó Atenea, sus glaucos ojos radiantes de firmeza— consiste en algo más que juramentos.

Vacilaron entonces las terribles perseguidoras, perplejas ante tal afirmación y la hondura que la imbuía.

—Habla entonces, extranjero —conminó la diosa a Orestes—, di quién eres y expón tu caso. Después podrás responder a las acusaciones que se te hacen.

Se incorporó en ese momento el fugitivo y tomó la palabra que la diosa prudente le cedía. Escuchó entonces Atenea el trágico relato del hijo de Agamenón y, mientras lo hacía, constató con hartazgo y pesar la incesante cadena de infortunios y muertes que aquella guerra cruenta y estúpida seguía originando. ¿Hasta cuándo habría de prolongarse la concatenación de crímenes? Mas tal vez no fuera

casual que aquel fugitivo y sus captoras hubieran llegado hasta allí, a su presencia; tal vez le concedía así el destino la oportunidad, anhelada por ella desde que hiciera caer Troya, de fundar un nuevo orden que rompiera para siempre el penoso bucle. Mientras así meditaba, los habitantes de la ciudad comenzaron a agolparse en torno al templo, inquietos por la presencia de aquellas que solo auguraba infortunios.

—En verdad es grave el asunto que te trae aquí —dijo la diosa—. Sé acogido en Atenas, suplicante, a pesar del delito que has confesado, pues has dado los pasos pertinentes para enderezarte. Pero deberás responder, aun así, a las acusaciones de estas, cuyos derechos tampoco pueden hacerse a un lado con ligereza. Si desoyéramos sus reclamaciones, derramarían su veneno sobre esta tierra, acarreando toda suerte de males a sus gentes. —La diosa hizo una pausa antes de proseguir—: Escogeré, de entre los mejores de la ciudad, doce jueces que, obligados por la rectitud de su conciencia emitirán su veredicto sobre el caso. Este tribunal quedará instituido para siempre en la ciudad y su autoridad fundará una nueva norma, que segará de raíz el vicioso círculo de la venganza. Llamad pues a los testigos que juzguéis pertinentes, que yo misma presidiré la causa.

Respiró aliviado Orestes al escuchar a la diosa, cobijado por la sombra creciente que su estatua proyectaba bajo el sol de la mañana. A regañadientes, acataron la resolución sus negras perseguidoras. Sobresaltados por la presencia de estas en la ciudad, pocos atenienses quedaban ya en sus hogares, sus talleres o en los campos que no se hubieran llegado hasta la colina del Areópago cuando, con las pri-



meras luces de la tarde, la trompeta del heraldo convocó a los magistrados electos.

◇◇◇

—Pueblo de Atenas —habló la diosa—, escuchad lo que quiero promulgar. Es mi voluntad que, desde este día, los delitos de sangre sean juzgados por un tribunal como el aquí hoy constituido. De esta institución, que habrá de existir para siempre, sois los primeros jueces vosotros —continuó la diosa, señalando a los magistrados—. Tendrá su sede en esta colina, donde antaño las amazonas rindieran culto al belicoso Ares. Si respetáis sus fallos, esta institución será el más preciado baluarte de la ciudad. Ningún pueblo gozó jamás antes de tal salvaguarda. ¡He aquí el don que os ofrendo! —Las palabras de la diosa llenaron de orgullo a los allí congregados, no en vano presentían que aquel litigio instauraba una nueva era para la ciudad y, posiblemente, para todos los hombres.

Durante largas horas, acusadores y defensores tuvieron ocasión de persuadir con argumentos y razones a los jueces, que escuchaban impávidos bajo la severa presidencia de la diosa. El pueblo se sobrecogió al escuchar la confesión de Orestes, y aún se escandalizó más cuando supo del indigno ardid con el que Clitemnestra había asesinado al magnífico Agamenón, pastor de hombres. El mismo Apolo hizo acto de presencia para acudir en defensa de su protegido, si bien tuvo cuidado de atenerse, como el resto, al escrupuloso proceso fijado por Atenea. Concluidos los alegatos de una y otra parte, la diosa tomó de nuevo la palabra.

—Ambas partes habéis tenido ocasión de alegar en favor de vuestra causa. Os toca ahora a vosotros, jueces, dictar justa sentencia atendiendo solo a los hechos aquí referidos. Proceded por tanto a la votación sin olvidar vuestro juramento. Grave es el peso de vuestra decisión. Un voto más o menos puede decidir el destino de un hombre y tal vez el de todo un pueblo. No añadamos en vano otra muerte más a las aquí hoy referidas.

La ciudad entera guardó un tenso silencio mientras los magistrados se acercaban a depositar su voto en la crátera. En el cielo, el sol seguía impávido su curso, ajeno a la suerte de Orestes que, arrodillado, aguardaba el fallo del que pendía su vida. Los dioses, pensó, no podían devolver la vida a los muertos, pero en manos de aquella diosa, en las mismas manos que ahora extraían de la crátera las fatídicas piedras blancas y negras, estaba, tal vez, el devolverle a él su propia vida.

—Idéntico número de votos condenan al acusado como lo exoneran —proclamó la diosa tras el recuento—. Me corresponde a mí la última palabra —prosiguió, tomando una piedra blanca— y, con este, sumo mi voto a los que absuelven al acusado para deshacer el empate —dijo depositándola en el recipiente—. Y sirva como precedente esta acción, de modo que cuando el fallo arroje mismo número de votos para la acusación y la defensa, prevalezca la inocencia del acusado y se resuelva a su favor la causa, pues así aconsejan obrar la prudencia y la benevolencia, sin menoscabo del rigor que la justicia reclama.

Un murmullo de admiración recorrió el gentío al escuchar las sabias palabras de la diosa, mientras Orestes caía de rodillas sobre el piso, con el rostro lleno de lágrimas.

Las vengadoras se volvieron furiosas contra Atenea.

—¿Quién crees que eres, diosa nueva, que así mancillas las más antiguas leyes? En nuestras manos teníamos al homicida y nos lo has arrebatado. Hemos sido vencidas y humilladas,



pero sabed que nuestra venganza será terrible. Cada gota del veneno que hierve en nuestra sangre caerá sobre esta ciudad.

—¿De qué humillación habláis? —respondió Atenea—. ¿De qué derrota? Iguales votos arrojó la crátera. No hubo humillación sino victoria de la justicia y de la razón. Derramad vuestra cólera sobre esta ciudad y no haréis sino perpetuar la maldición a la que hoy podemos poner fin. ¿No lo entendéis? Os ofrezco, por el contrario, refugio en ella: aquí tendréis vuestro santuario, y en él os rendirán culto los habitantes de la ciudad. Abandonad el oscuro Tártaro y cubrid de bienes esta tierra, que sus gentes sabrán hacer lo mismo con vosotras.

—¿Nos has arrebatado lo que, por derecho, era nuestro, y ahora nos ofreces morada en tu suelo?

—Diosas más viejas que yo sois, hijas de la Noche, y tal vez hasta más sabias. Pero escuchad bien mi propuesta: dejad de oficiar de ejecutoras de la muerte para ser guardianas de la equidad. Refrenad vuestra cólera y transmutadla en algo más noble. Unid vuestro destino al de esta ciudad y bajo el suelo del Erecteo tendréis vuestro templo.

—¿A tal honor nos elevarías? ¿Qué pides a cambio?

—Nada prometo nunca que no pueda cumplir. Solo pido que no instiguéis más odio en el pecho de los hombres ni enfrentéis a hermanos contra hermanos. Que cese el círculo maldito de las reparaciones de sangre y que vosotras, diosas duras y austeras, troquéis vuestro nombre por el de euménides y seáis, de ahora en adelante, númenes benévolos de Atenas. Los crímenes pasados, los delitos que reclaman otros delitos, todo ello encuentre su final hoy aquí. ¿Qué decís?

—Si Ares y el mismo Zeus pruebas mostraron ya de su simpatía por esta ciudad, ¿por qué no habríamos nosotras de asis-



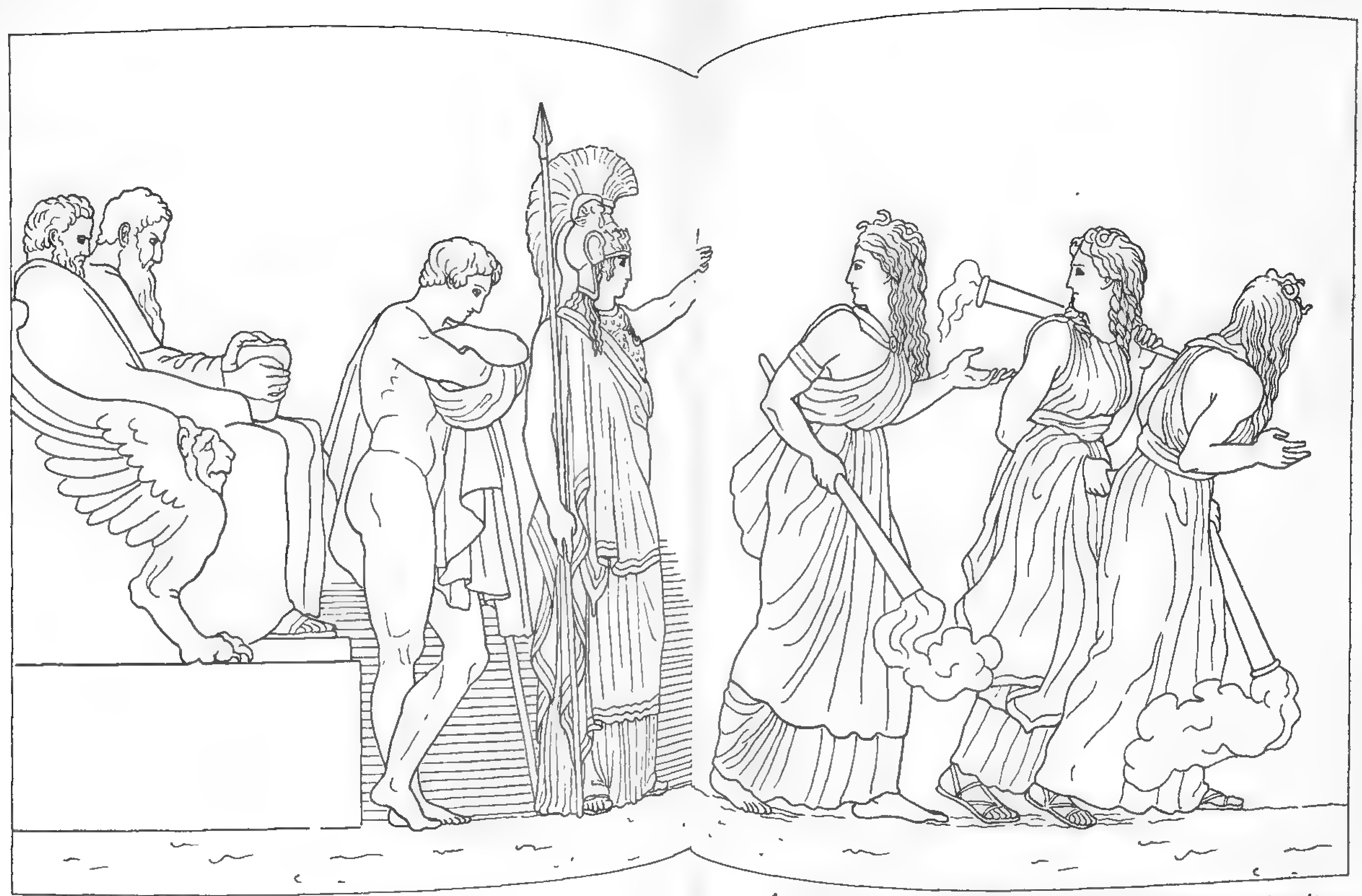
tirla también? Sobre ella derramaremos nuestros votos benévolos de ahora en adelante y contribuiremos a su prosperidad.

—¡Alabado sea Zeus! —respondió Atenea, tan regocijada como aliviada—. Escuchad pues todos, y dad bienvenida a vuestras nuevas vecinas. Formad un cortejo y guiad a las que fueran hijas infecundas de la noche hasta su nuevo hogar. Corresponded con vuestro respeto a su protección.

Descendía ya el sol y acudieron entonces muchos con teas ardientes para guiar a las nuevas residentes de Atenas.

—¡Loada sea la sabiduría de Atenea, protectora de Atenas! —clamaban quienes encabezaban la comitiva.

El gran cortejo se perdió hacia el norte de la acrópolis entre cánticos. Agonizaba ya el día y a cada paso del cortejo refulgían con más intensidad las teas devoradas por el fuego. Tan grande era el júbilo de los atenienses como lo había sido el terror que hasta entonces inspiraran en su ánimo aquellas a las que ahora acompañaban a su nuevo santuario, acogidas en el seno de la comunidad. Gracias a Atenea, su máxima valedora, la razón, como aquellas antorchas, ganaba con esfuerzo un nuevo palmo de terreno y conquistaba un nuevo pedazo de noche. Una noche que era menos oscura en cada uno de los corazones de los que habitaban tras las altas murallas, el fortificado perímetro cuyo trazado separaba ansiosamente la ciudad de las bestias, de lo ignoto y de los más terribles y antiguos instintos. Atenea contempló cómo el séquito y su flamígera escolta desaparecían en la distancia. El de hoy era, sin duda, el más preciado de los dones que hasta ahora había brindado a los atenienses. En tanto guerrera y sabia, era consciente también de que solo con vigilancia constante y renovado compromiso se podría mantener incólume aquella nueva y

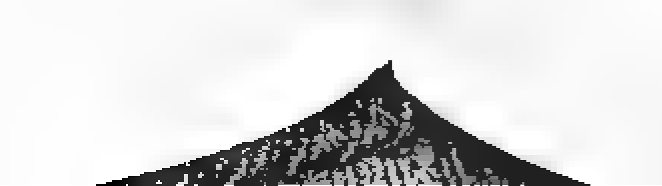


Atenea deshizo el empate e invitó a las erinias a visitar su nueva morada en Atenas.

precaria provincia ganada para la luz y la justicia, pues tan poderosas como las que los empujan al progreso son las fuerzas que, en lo más recóndito de las entrañas de los hombres, los empujan a regresar a la negra noche. Su propia experiencia le enseñaba que la de aprender a atemperar las pasiones puede ser tarea de toda una vida inmortal. Que el conocimiento llega, pero la sabiduría gusta de demorarse. Aquel era, empero, un día para regocijarse. El oscuro sortilegio de la venganza, su fatídico círculo, había sido roto y derrocado por la blanca magia civil de la palabra, la persuasión y el razonamiento. Una nueva justicia nacía que lograba así sustraerse, con esfuerzo, al atávico vórtice del odio. Otro motivo más, no desdeñable, reconfortaba el corazón de la diosa en aquella hora feliz. Antes de partir, agradecido, Apolo la había hecho partícipe de un oráculo cuyo contenido él no podía desentrañar, pero que sabía que a ella la competía de algún modo. Un tal Erictonio estaba llamado a ser, un día, rey de Atenas. Flotando liviana a pocos palmos del suelo, la diosa cerró sus ojos garzos y el mundo entero pareció descoserse y sumirse en el desorden por unos instantes, privado del sostén que la profundidad de aquella mirada sabia le prodigaba. Tomaban posesión de su nueva morada las euménides, cuando la divina figura de Palas se evaporó sobre la acrópolis, ya oscurecida. Con el último aliento de luz del crepúsculo, una lechuza levantó el vuelo y puso rumbo a las níveas cumbres del Olimpo.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Nacida directamente de la cabeza de su padre Zeus, ya adulta y armada, Atenea es una diosa que encarna la nobleza de la guerra heroica, pero también el valor de toda actividad inteligente, desde el trabajo artesanal hasta la reflexión filosófica. Aunque con templos en toda Grecia, es Atenas, la ciudad a la que según la tradición dio nombre, la que más se identifica con ella.

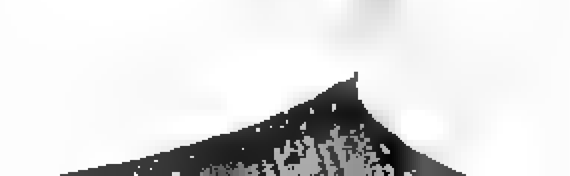


Hércules, Ulises, Aquiles, Menelao, Diomedes, Perseo, Teseo, Orestes... Todos estos héroes tienen algo en común: su devoción por la diosa Atenea, la de los ojos de lechuza. No es para menos: sea desviando una lanza o un dardo dirigidos contra ellos, sosteniendo su brazo en la batalla, aconsejándolos sobre cómo sortear un peligro o simplemente intercediendo ante su padre Zeus, del cual es hija predilecta, Atenea es la gran protectora de los héroes. Y ellos se lo agradecen, sabedores de que la fuerza bruta y el valor personal cobran un sentido gracias a la sabiduría, la prudencia y la estrategia preconizadas por la diosa. Esto no sucede en la figura de su hermano Ares, dios de la guerra, pero no de la noble y heroica que Atenea propugna, sino de una dominada por una violencia desatada, ciega, que solo persigue la destrucción y la muerte.

Atenea, no obstante, es una diosa más compleja: por supuesto, ama la lucha, como lo demuestra su participación en la gigantomaquia o el que siempre se la represente armada con cas-

co, escudo y lanza. Pero su mundo va también más allá de la guerra: es una diosa que protege tanto a las mujeres dedicadas a los trabajos textiles como a los artesanos o a todos aquellos que realizan alguna actividad intelectual. Esa doble faceta queda reflejada en el quinto *Himno homérico*, una colección compuesta entre los siglos VII a.C. y IV d.C.: «Pues a ella no le agradan los afanes de la dorada Afrodita, sino que le complacen las guerras y el trabajo de Ares, y además el procurar espléndidas tareas. Ella la primera a los artesanos que moran sobre la tierra les enseñó a fabricar carros y carrozas trabajados en bronce; ella a las doncellas de tiernas mejillas en sus casas espléndidas tareas enseñó, en su pecho inspirando a cada una».

El desprecio del amor asociado a Afrodita que apuntan estos versos es otra cualidad de Atenea. Es una diosa virgen, si bien la suya es una virginidad que puede considerarse viril, consagrada como está a las artes de la guerra y el intelecto, a las que parece predestinada por su nacimiento de la cabeza de Zeus. «Y él [Zeus], de su cabeza, dio a luz a Atenea de ojos glaucos, terrible, belicosa, conductora de ejércitos, invencible y augusta, a la que encantan los tumultos, guerras y batallas», canta el poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.) en su *Teogonía*. Hay, sin embargo, otras genealogías aparte de esta. La más interesante es la que habla de la diosa como hija del gigante Palante, al que mató cuando intentaba violarla y cuya piel convirtió en su égida (una especie de coraza). Su valor estriba básicamente en la proximidad del nombre de ese supuesto padre con el epíteto de Palas, que ha llegado a convertirse en sinónimo de Atenea y cuya etimología tanto podría derivar de *palein* («agitar», en el sentido de «la que blande las armas») como de *palax* («muchacha»). Más tardía es la versión que recogen textos como la *Biblioteca mitológica*, atribuida erróneamente a Apolodoro de Atenas (siglo II a.C.), y que hace de Palas una compañera de juegos de Atenea a la que esta mata accidentalmente.



CULTO DESDE ÉPOCA MICÉNICA

Dejando a un lado el origen mítico de la diosa Atenea, su procedencia histórica es oscura. Su nombre (*a-ta-na-po-ti-ni-ja* está asociado a la palabra *pótnia*, que significa «soberana») aparece en una tablilla escrita en lineal B y hallada en el palacio cretense de Cnoso, lo que indica que ya se le rendía culto en época micénica (siglos XVI-XII a.C.). Posteriormente, ciudades como Esparta, Mégara o Argos construyeron templos dedicados a ella, siempre en la ciudadela o acrópolis o, en su defecto, en alguna cima próxima. Mas, sin duda, es Atenas la ciudad que más estrechamente se identifica a la diosa de la razón, incluso en lo que al nombre de una y otra se refiere. Según la mencionada *Biblioteca mitológica*: «Atenea llamó Atenas a la ciudad a partir de su propio nombre», después de haberse disputado con Poseidón el patronazgo sobre la región del Ática. El mitógrafo romano Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.), en sus *Fábulas*, fue más lejos aún al señalar que la diosa fue la fundadora de Atenas, «ciudad que, dicen, fue la primera organizada en la tierra». Hasta el siglo II d.C., todavía los visitantes de la Acrópolis ateniense podían admirar las reliquias de aquella disputa divina: el olivo plantado por Atenea y la fuente de agua salada de Poseidón, además de la señal del golpe que el dios dio en el suelo rocoso con su tridente.

Pero para los atenienses, que le consagraron toda el área sagrada de la Acrópolis, Atenea no era solo la encarnación de la sabiduría, la inteligencia y la inventiva, tanto en los trabajos de la guerra como en los de la paz. Para ellos era también el símbolo de la superioridad del Ática sobre el resto de Grecia y, por tanto, una forma de reivindicar la hegemonía política de Atenas sobre las otras ciudades.

Las fiestas de Atenea

Como diosa de Atenas, Atenea tenía una gran presencia en su calendario festivo: entre abril y mayo se celebraba la Plintería, fiesta en la que la estatua de Atenea Polias o «protectora de la ciudad» era bañada en el mar; en junio, las Arreforias, protagonizada por dos niñas que durante un año servían a la diosa en la Acrópolis; y, entre octubre y noviembre, las Calqueas, dedicadas a la diosa y a Hefesto. Las fiestas más celebradas, sin embargo, eran las Panateneas, con las que se conmemoraba el nacimiento de Atenea. Había dos con ese nombre: por un lado, las Panateneas menores, que tenían lugar cada año; por otro, las Grandes Panateneas, organizadas cada cuatro años, entre julio y agosto. Desde el siglo VI a. C., estas tenían carácter panhelénico. Durante los ocho días que duraban, se llevaban a cabo, además de ceremonias y sacrificios, certámenes de música, poesía y danza (el Odeón de Atenas fue construido por Pericles en el siglo V a. C. para acoger estas representaciones), así como competiciones atléticas e hípicas. Los vencedores de las mismas recibían como premio unas ánforas decoradas con lujo que contenían uno de los más preciados regalos de la diosa a los hombres: aceite de oliva. La fiesta culminaba el último día con una gran procesión que partía del barrio del Cerámico y llegaba hasta la Acrópolis, donde se sacrificaba un centenar de bueyes y se ofrendaba a la estatua de Atenea Polias un peplo nuevo (un tipo de túnica femenina) tejido durante nueve meses por las llamadas «ergastinas» (vírgenes de familias aristocráticas).

LA DIOSA DE ATENAS

Los monumentos de la acrópolis ateniense son el más impresionante testimonio de la devoción de la ciudad por Atenea. El escultor Fidias (h. 500-431 a. C.) fue quien realizó las tres estatuas más famosas de la diosa: la Atenea Parthénos, la Atenea Prómachos y la Atenea Lemnia. La primera de ellas se hallaba en la nave central del templo dórico del Partenón y era de tipo crisoelefantino (una estructura de madera recubierta de marfil y oro) y de proporciones imponentes (doce metros, pedestal incluido). El original no se ha conservado, mas sí algunas copias, de las cuales la más fiel es la Atenea Varvakeion, de época romana (primera mitad del siglo III d. C.). La segunda estatua, la Atenea Prómachos, se erguía sobre un pedestal en el centro de la Acrópolis y era aún más monumental, pues, si hacemos caso al geógrafo Pausanias (siglo II d. C.), «la punta de lanza y el penacho del casco de esta Atenea son ya visibles para los que se acercan navegando desde el cabo de Sunion». Era de bronce y fue levantada como exvoto por la victoria ateniense contra los persas en las guerras médicas. De ella quedan copias en monedas y cerámicas que la muestran en actitud combativa. En cuanto a la Atenea Lemnia, ofrendada por los colonos de la isla de Lemnos, era también de bronce y estaba considerada la más bella obra de Fidias. Se cree que una cabeza en mármol de época romana, la *Testa Palagi* de Bolonia, puede ser una copia de esa estatua.

Pero la presencia de Atenea en la acrópolis no se limitaba a estas esculturas de Fidias. Ella era la diosa a la que estaba consagrado el Partenón, por lo que su frontón oriental hacía referencia al nacimiento, mientras que el occidental reproducía la lucha de Atenea con Poseidón por el dominio del Ática. Si de ambos frontones se han conservado solo fragmentos, el friso que ornaba el muro superior de la cella ha

llegado en mejores condiciones. Obra también de Fidias y su escuela, en él la mitología deja paso a la procesión de las Grandes Panateneas, la fiesta de Atenea por antonomasia: 160 metros de relieves donde aparecen 378 figuras humanas y divinas y más de 220 animales, que recrean la preparación y salida del cortejo, las ofrendas, las bestias conducidas al sacrificio y la entrega del peplo. La calidad de las figuras, el detallismo, su naturalidad y la sensación de armonía que transmite hacen de este friso una de las obras maestras del arte clásico griego.

En la misma Acrópolis se levantan el pequeño templo de Atenea Niké, dedicado a la victoria sobre los persas, y el Erecteion, el lugar más sagrado de la ciudad, pues albergaba la estatua de Atenea Polias a la que se ofrecía el peplo en las Panateneas, así como las tumbas de los reyes míticos de Atenas Cécrope y Erecteo, y el olivo sagrado. El relieve *Atenas pensativa*, tallado hacia el 460 a. C. y excepcional por la imagen melancólica que transmite de la hija de Zeus, es otra muestra de la presencia de la diosa en esta colina.



Esculpido hacia el 460 a. C. por un artista anónimo, el relieve Atenea pensativa *(Museo de la Acrópolis, Atenas) muestra a la diosa con sus atributos característicos (el peplo, el casco, la lanza), pero con una actitud diferente a la habitual, más abstraída y apesadumbrada. La estela que contempla se ha interpretado como una lista de soldados caídos en combate.*

LA PROTECTORA DE LOS HÉROES HOMÉRICOS

En lo que se refiere a la literatura, Atenea tiene un protagonismo destacado en las dos epopeyas de Homero (siglo VIII a.C.), la *Ilíada* y la *Odisea*. En la primera se la ve ayudando a los héroes griegos que luchan contra Troya, incitándolos a combatir y recorriendo «la multitud por donde veía a alguno flojear». Y no se limita a eso, sino que también los salva desviando el dardo mortal que se dirige contra ellos, como a Menelao: «Lo alejó de la piel justo lo suficiente, como cuando una madre ahuyenta una mosca de su hijo, cuando yace con dulce sueño». Uno de los pasajes más bellos referidos a ella se halla en el canto V, cuando el poeta describe a la diosa armándose: «Atenea, hija de Zeus, portador de la égida, dejó resbalar sobre el umbral de su padre el delicado vestido bordado, fabricado con la labor de sus propias manos y vistiéndose con la túnica de Zeus, que las nubes acumula, se fue equipando con las armas para el lacrimógeno combate». No menor es su participación en la *Odisea*, y siempre al lado del protagonista, Ulises, a quien protege y por el cual no deja de interceder ante Zeus para que le permita regresar sano y salvo a Ítaca.

El singular nacimiento de la diosa es el tema del vigesimoctavo *Himno homérico*, en el que se describe la reacción de los olímpicos ante su belicosa figura: «El vasto Olimpo temblaba terriblemente bajo el ímpetu de la de ojos de lechuza, de uno y otro lado la tierra de forma espantosa rechinó, se agitó el ponto, por olas borrascosas removido, mas se detuvo el mar de repente...». El espanto cede su lugar al humor en el escritor satírico Luciano de Samosata (125-181 d.C.). En uno de sus *Diálogos de los dioses*, Zeus le pide a Hefesto que le abra la cabeza en dos de un hachazo, pues, dice, «me muero de dolores de parto que me están haciendo polvo el cerebro». Hefesto, aunque reticente, obedece y acto seguido se sorprende ante lo que ve:

«¿Qué es esto? ¿Una muchacha armada? Un gran dolor tenías en la cabeza. Así estabas tan cabreado, pues estabas dando vida bajo las meninges a semejante doncella, y encima armada. Sin darte cuenta, tenías un campamento y no una cabeza».

En Roma, Atenea se identificó con Minerva, nombre que, derivado del etrusco Menrva, puede tener raíz indoeuropea (el prefijo *men-* se aplica a actividades intelectuales y espirituales). Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) refirió algunos episodios protagonizados por ella en su poemario *Metamorfosis*. Uno de ellos es el de Erictonio, «vástago engendrado sin madre», que la diosa entrega a las hijas de Cécrope, y que le sirve al vate para aludir a la historia de Nictímene, una joven que deshonró el lecho paterno y que, como castigo, fue convertida en ave: «Ave es ella, es cierto, pero consciente de su culpa rehúye las miradas y la luz, y oculta su vergüenza entre tinieblas y del firmamento entero todas las demás aves la expulsan». Es la lechuza, el ave que acompaña a Atenea y que, según el humanista italiano Giovanni Boccaccio (1313-1375) en su *Genealogía de los dioses paganos*, simboliza al sabio, pues este, «con su reflexión previa, conoce lo escondido en las cosas de difícil comprensión como la lechuza ve en las tinieblas, y rechazadas la verbosidad y la charlatanería, toma en consideración el lugar y el momento para actuar».

ATENEA, ALEGORÍA DE LA CIENCIA

Al revés de lo que sucede, por ejemplo, con Afrodita-Venus, el interés por Atenea-Minerva cede un tanto en época moderna. Pasa en literatura, cuando queda prácticamente reducida al papel de cita culta, y pasa también en las artes plásticas o en la música. La causa posiblemente sea su viril feminidad, que casaba poco con

la imagen más extendida de la mujer como amante y madre. Por ello, cuando aparece lo hace en un plano alegórico, como imagen de las artes de la mente o, incluso, como ideal de aspiración política. La monumental estatua de Atenea que preside la entrada al Parlamento de Viena, obra de Carl Kundmann (1838-1919), simboliza precisamente el anhelo de convertir la Viena capital del Imperio austrohúngaro en una nueva Atenas. La misma razón hace que su figura se halle en universidades, escuelas, museos…

Aun así, hay obras muy estimables que la representan. En el Renacimiento, Sandro Botticelli (1445-1510) realizó *Palas y el centauro*, en la que la diosa aparece como símbolo de la virtud y la castidad que se impone al puro instinto representado por la cuadrúpeda criatura. Del Barroco en adelante, los artistas prefieren representarla en acción. Así, en un fresco para la Villa Valmarana de Vincenza (Italia), Giovanni Battista Tiepolo (1696-1770) la pintó deteniendo a Aquiles por los cabellos para que no se lance contra Agamenón. En esta línea, abundaron las representaciones en las que Minerva lucha contra Ares: en *Paz y guerra*, de Peter Paul Rubens (1577-1640), la diosa impide que su belicoso hermano ataque a la figura femenina que encarna la Paz, mientras que en *El combate de Ares y Atenea*, de Jacques-Louis David (1748-1825), el dios, ya vencido, suplica clemencia. Otras obras la relacionan con la creación artística, como *Minerva y las musas*, del alemán Hans Rottenhammer (1564-1625), o hacen de ella la protectora de los trabajos manuales, como *Las hilanderas*, de Diego Velázquez (1599-1660). Y las hay también que celebran su triunfo, como el gran fresco de Paul Troger (1698-1762) que decora el techo de la Sala de Mármol de la abadía de Melk (Austria). Ya a las puertas del siglo XX, en 1898, Franz von Stuck (1863-1928) y Gustav Klimt (1862-1918) pintaron sendas *Palas Atenea* que, pasando las fuentes clásicas por el tamiz simbolista, ahondan en la viril feminidad de la diosa.





En la parte superior, Las hilanderas *(Museo del Prado, Madrid), una escena aparentemente costumbrista, pero en la que Velázquez introdujo, en el tapiz del fondo, un episodio del mito de Atenea, el de Aracne, relacionado con su patronazgo sobre las artes textiles. Abajo,* Palas y el centauro *(Galería de los Uffizi, Florencia), de Botticelli, en la que la diosa, símbolo de la razón civilizadora, aparece representada de un modo poco convencional, con alabarda y coronada por ramas de olivo que se extienden también por su cuerpo.*

En el arte musical, la presencia de Atenea es aún más anecdótica, y eso a pesar de ser la creadora del aulós (un instrumento de viento compuesto por un doble tubo). Una de las obras en las que tiene cierto protagonismo es la ópera *El retorno de Ulises a la patria*, del italiano Claudio Monteverdi (1567-1643), en la que está siempre presta a socorrer al héroe en apuros. Otra ópera, *La guerra de los gigantes*, del español Sebastián Durón (1660-1716), la presenta en su lucha contra Palante. Vale la pena destacar también *La fiesta de las Panateneas*, música incidental que el italiano Ildebrando Pizzetti (1880-1968) compuso para un espectáculo que tuvo como escenario los templos griegos de Paestum, en la región italiana de Campania. A partir de los arcaicos modos griegos y de sonoridades que recrean las del aulós helénico, la obra evoca fantasiosamente la gran fiesta de Atenea, la danza del peplo y la marcha del cortejo.

Índice